

# **GALERIA FUNEBRE**

**DE ESPECTROS**

**Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.**



**TOMO I.**



# GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

*Espectros y Sombras ensangrentadas.*

SU AUTOR

*D. Agustin Perez Zaragoza Godinez*

dedicada

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BOBOLIVIA

*Reina de las Españas,*

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO I.

—————  
1831

MADRID: Junio, 1831.

*Imprenta de D. J. PALACIOS, calle del Factor.*



*A la Reina Nra. Sra.*

**Señora:**

**E**L júbilo inesplicable que sintió mi corazón , cuando la piedad del Omnipotente inspiró á nuestro amado Soberano la feliz

eleccion de una esposa adornada de la amabilidad y virtudes de V. M., digna por tantos conceptos del amor y respeto de los españoles, me estimuló á consagrar desde aquel venturoso dia mis tareas y limitado saber á tan apreciable Reina, aspirando á el alto honor de poner á V. R. P. una obra de distraccion y recreo que algunas veces pudiese aligerar el peso de los graves y penosos cuidados, que como Reina y madre tierna de tantos vasallos, cercan de continuo á V. M. Ningun deber es mas grato al vasallo amante de sus Soberanos, que el de ofrecerles el fruto de sus desvelos y afanes: corto es á la verdad el que puede sacarse de la obra Galería fúnebre; mas sin embargo, alentado por la natural bondad de V. M., tan amable como generosa, me atrevo á ponerla á V. R. P., como la prueba mas relevante de mi sumision y respeto. Dignese V. M. admitirla y dispensarla vuestra Real proteccion, pues con tan singular

*favor quedarán mas que suficientemen-  
te recompensadas las tareas de vuestro  
mas humilde y fiel vasallo.*

*Señora :*

A L. R. P. de V. M.

*Agustin Zaragoza  
y Godinez.*





# GALERIA FUNEBRE

*de Espectros*

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS:

Ó SEA

## EL HISTORIADOR TRÁGICO

*de las catástrofes del linage humano.*

SU AUTOR

D. AGUSTIN PEREZ ZARAGOZA.

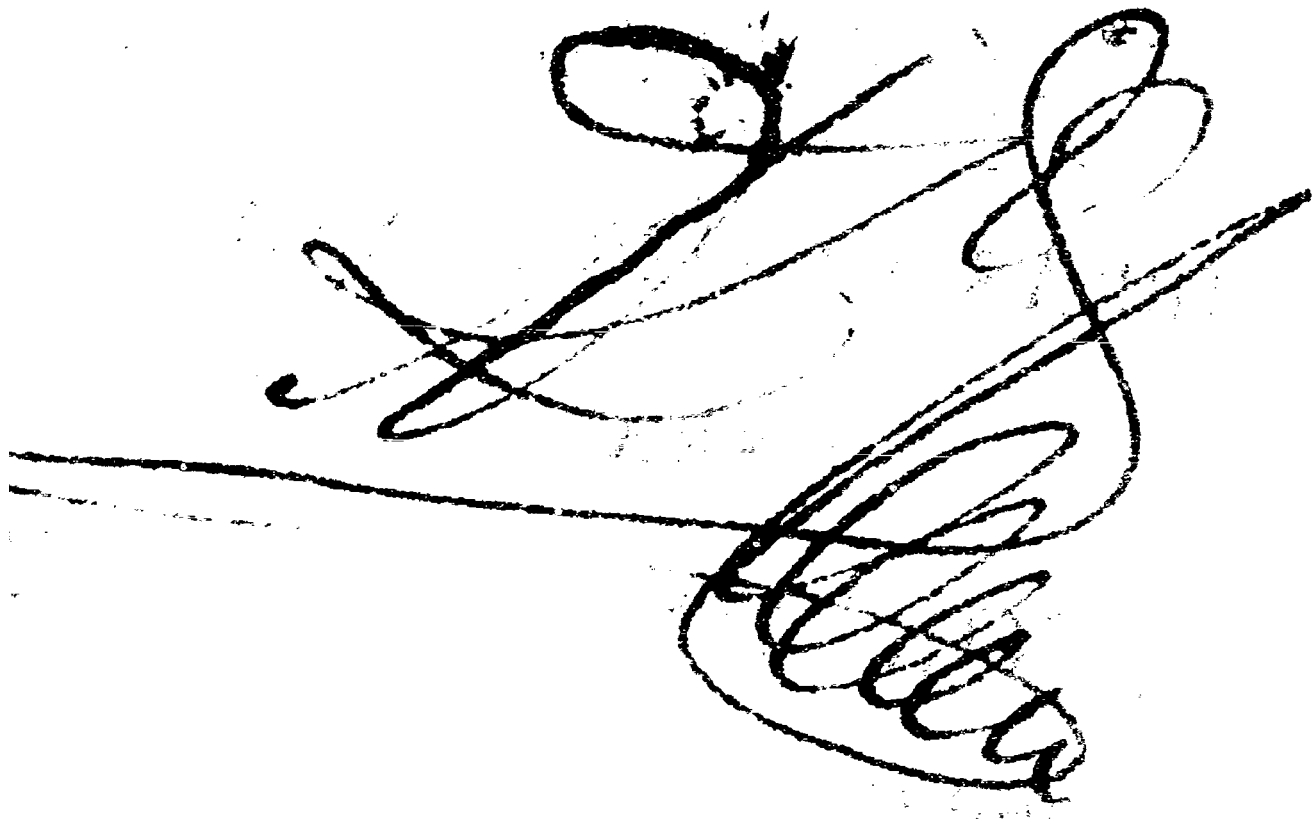
*Publicada una sociedad de amigos.*

### TOMO I.



MADRID: Febrero, 1831.

*Imprenta de D. J. PALACIOS, calle del Factor.*



# GALERIA FUNEBRE.

---

*Obra nueva de prodigios, acontecimientos maravillosos, apariciones nocturnas, sueños espantosos, delitos misteriosos, fenómenos terribles, crímenes históricos y fabulosos, cadáveres ambulantes, cabezas ensangrentadas, venganzas atroces, y casos sorprendentes.*

---

Colección curiosa é instructiva de sucesos trágicos para producir las fuertes emociones del terror, inspirando horror al crimen, que es el freno poderoso de las pasiones.

---

## PROLEGÓMENO

DE

EL AUTOR A LOS LECTORES.

«**L**a historia, dice un sabio, es el tratado mas escelente que

(6)

tenemos de moral; pero es preciso saberle leer.» Partiendo pues de este principio, y proponiéndome escribir una obra útil y grata á mis lectores, emprendí hace tres años la que hoy les ofrezco respetuosamente bajo el título de *Galería fúnebre de Espectros y Fantasmas ensangrentadas*, ó sea el *Historiador trágico de las catástrofes del linage humano*. Toda ella se compone de sucesos horrorosos y verídicos, y la escrupulosa atención que procuré emplear en su elección, el cuidado con que envuelve, bajo el velo de la historia, lecciones de la mas austera moral, y la sinceridad con que la presento, me hacen esperar que

(7)

el público ilustrado é indulgente la mirará como una colección interesante, amena é instructiva.

Quéjense muchos con razon de que no se publican obras histórico-morales á propósito para ponerlas en manos de la juventud, con el fin de que saque de su mismo recreo un suceso saludable, bien diferente del que producen los cuentecitos, los romances, las novelas y las poesías amorosas. En efecto, las grandes historias son demasiado voluminosas y considerables para esta edad poco susceptible de una lectura larga: á mas de esto, en los historiadores, aun los mas circunspectos, se hallan algunas veces pasa-

(8)

ges peligrosos á unos corazones demasiado débiles, en quienes el vicio tiene frecuentemente tanto imperio como la virtud: las colecciones de acciones interesantes, de anécdotas curiosas, etc., que por su forma y objeto parece debían entrar en un plan de educación, han sido retiradas por el cuidado justamente escrupuloso del gobierno y de los preceptores; sin hacer mención de los descuidos y absurdos de que la mayor parte de estas colecciones efímeras están comunmente llenas. ¡Cuántos rasgos licenciosos, anécdotas libertinas, chistes lúbricos y reflexiones temerarias no se encuentran en ellas, capaces de

(9)

pervertir el mejor natural, y mucho mas en aquellos momentos de la vida en que las pasiones empiezan á desplegar su imperio! Los redactores de tan perniciosas obras han creído sin duda que para merecer la aceptación del público es preciso insultarle, convidándole al crimen en vez de presentarle las tristes pruebas de la debilidad del corazón humano: juzguemos mejor de nuestro siglo, pues por pervertido que le supongamos, ama aun, predica, desea poseer la virtud, y no desconoce sus encantos: todo el que escribe para sus semejantes, no hace mas que pagarles el tributo de respeto que les debe, presentándoles pro-

ducciones dirigidas á perpetuarla con el buen ejemplo, y con la práctica de las buenas costumbres.

Si algunas novelas fundadas en la sana moral suelen producir efectos saludables en las criaturas, con mayor causa deberán lograrse éstos, presentándolas acontecimientos verídicos, horrorosos y sorprendentes, como los que en esta obra se consagran á la virtud contra el vicio, tomados los unos de algunas obras, y los otros sacados de las diferentes historias de las naciones. Aquellos son ejemplos frios, á veces inverosímiles; y mirados como fabulosos, no hacen generalmente la mayor impresion;



mas estos , que presentan realmente los extravíos y debilidades funestas del género humano , es de esperar produzcan en las almas nobles y sensibles un odio irreconciliable al crimen con el propósito de sujetar sus inclinaciones , cuando no sean conformes con los consejos de la razon y los gritos de la conciencia.

Persuadido pues de que hace un servicio singular á sus semejantes todo el que escribe contra el crimen y el error, me propuse publicar esta obra que abrazase los dos objetos, y sirviese de freno, cuando no de remedio, al error y á las consecuencias de una exaltada passion. En efecto, con las fic-

ciones de la óptica, y con la pintura de aquellos seres ideales, de aquellos objetos quiméricos que una débil y tímida credulidad suele ofrecer á la imaginacion, podrá destruirse la idea tan generalizada de la existencia de tantos duendes, de la aparicion de tantos muertos y de mónstruos que nunca existieron entre los seres creados por la naturaleza: error, á la verdad, comun á muchos desde la cuna, y que en la infancia afecta peligrosamente bajo el nombre de *Coco* á los niños por el abuso y torpeza de los criados y nodrizas, que tambien en la pubertad fomentan esta idea bajo aquella primera impresion con sus perniciosos

cuentos y novelas; y en cuanto al otro extremo, presentando al crimen bajo el mas negro colorido en estas historias trágicas que nos transmite la de todos tiempos y de diversas naciones, es de esperar un suceso saludable en las costumbres, á beneficio del horror que deben causar las catástrofes que ha producido siempre el desenfreno de las pasiones. Esta obra, como que instruye deleitando, servirá igualmente de distraccion á las tertulias en las dilatadas noches del invierno. El anciano, el jóven, las niñas, las viejas, todos volverán la hoja con aquel impaciente deseo que naturalmente producen la admiracion, el terror y la cu-

riosidad. Las personas sencillas é inocentes se convencerán del error en que han vivido de mirar las ficciones de la mágia y sus ideales visiones como realidades ; y últimamente , la juventud, en medio de aquella ansiedad peligrosa que ciegamente la impacienta y mortifica, cuando el fuego natural de su edad tierna , inesperta é irreflexiva la tenga ya á los umbrales de un precipicio , y en el momento terrible en que, embriagada por las seductoras ilusiones de una pasión amorosa, pretenda ser su víctima, despreciando los obstáculos y peligros que la amenazan , hallará en esta *Galería fúnebre* el triste cuadro de su situación.

(15)

El horror mismo que la cause, reprimirá sus criminales deseos, y ejerciendo entonces la razon su imperio, podrá salvarla, y mitigar el fuego que abrasa y aflige á su candoroso corazon para convertir su imaginado placer y fortuna en desventura, llanto y dolor.

Si logro estos resultados, dará mi *Galería fúnebre* un nuevo realce á la virtud, produciendo un justo horror al vicio; y reprimiendo aquel imperioso impulso de la funesta pasion mas dominante del género humano, que tan frecuentemente le hace traspasar los límites de la razon, podrán salvarse muchos incautos de los estragos que produce el amor sobre las

(16)

víctimas que sin cesar aprisiona en sus redes. El niño que desconoce la propiedad del fuego, se quema por cogerle inocentemente con su mano: la sencilla mariposa, seducida por el brillo de una luz artificial, que confunde con el astro luminoso, la ronda y goza alegre y placentera revoloteando en su rededor, hasta que lanzándose á su llama es devorada por ella. Las pasiones pues halagan del mismo modo á las criaturas, las fascinan, las arrastran, las cautivan, las seducen, las ciegan en fin, y á beneficio de su natural debilidad y propension á los placeres, suelen precipitarlas frecuentemente en un abismo de

males que las hacen desgraciadas por toda su vida.

Feliz yo si con estas historias, con estos tristes y horrosos recuerdos de la debilidad humana, puedo inspirar un terror saludable que produzca la continencia y arrepentimiento que la humanidad, la religion y la moral reclaman, para que la sociedad reformando las costumbres, no tenga que gemir bajo el rigor de las leyes y del crimen frecuentemente, desapareciendo de ella los puñales y los patibulos, objetos precursores de la destruccion, de la calamidad y de toda catástrofe horrorosa é infamante que viene á parar en luto y llanto. Muy feliz, digo, si

mis espectros y fantasmas, corriendo los lúgubres resplandores de la imaginación conmovida de mis lectores, pueden hacer brillar la moral que los ha dictado; y si el arte en estos apologos no ha favorecido á mis intenciones, al menos me atreveré á lisonjearme de que la crítica depondrá su severidad en consideracion á los motivos y sinceridad que han dirigido mi pluma. Todos los medios son buenos cuando se encaminan á purificar las costumbres, presentando al crimen bajo aquellos colores mas odiosos que puedan influir en el ánimo de las criaturas, reprimir sus pasiones, meditar sobre sus deseos atentamente, y librarse, en



(19)

fin, de una catástrofe que ocasiona su inevitable perdición.

Con esta obra el crédulo es desengañado é ilustrado para salir del error: el vicioso, el inmoral, el hombre relajado detiene sus criminales pasos al verse acaso bosquejado en alguno de estos ejemplos; y últimamente, el incestuoso, el impostor, el parricida, el ciego enamorado, el ladrón, el asesino, en una palabra, todo culpable de cualquiera delito que fuere, recorrerá mis cavernas, mis horrorosos encierros, mis subterráneos, los cementerios de víctimas inocentes, de mártires inmolados por el furor inhumano de las pasiones, y no podrá menos de experimentar

(20)

los mas crueles cargos de su remordimiento. Entonces será logrado mi intento, siendo tan corto el paso que dista de este el dulce arrepentimiento, con el que todo criminal podrá refugiarse en el seno misericordioso de la Divinidad, y yo esperar con fundamento haber inspirado á mis semejantes meditaciones tan saludables y profundas, como las que producen los tratados mas serios de religion y jurisprudencia.

## INTRODUCCION ANALITICA.



Si embargo de que el prolegómeno que antecede, pudiera suplir á esta introduccion, voi á dar una idea mas exacta de la obra, para que el público pueda formar su concepto, y recrearse un momento sin dispendio alguno leyendo solamente el análisis que le presento con algunas cortas digresiones que le amenicen dictadas por la esperiencia; y si por el deseo de orientarle me encontrase algo prolijo, no dudo que teniendo en consideracion el motivo que me impele á ser difuso, me dispensará su indul-

gencia por premio de mi sinceridad, pues ninguno podrá decirse engañado conociendo lo que compra. Digo, pues, para entrar desde luego en la materia :

Que las personas de un gusto relajado, de una instrucción escasa, y poco codiciosas de adquirirla, se ocupan comunmente de composiciones superficiales y estériles, ya sea en literatura, ya en espectáculos; mas no así las almas bien organizadas, de un carácter reflexivo y sensible que buscan con anhelo las emociones interesantes y aquellos golpes vigorosos, que dirigiéndose al momento á los resortes del corazón, le causan aquellos estre-

mecimientos repentinos que los poetas llaman *dulces temblores del terror*. El Aristarco francés dice, que en los discursos se debe buscar siempre el corazón hasta conmoverle; porque si por un movimiento natural no se logra inspirarle terror, placer ó compasion, en vano es presentarle una escena importante, pues con frios razonamientos no se hallará mas que tibieza y fastidio en todo lector, que perezoso siempre en aplaudir, y dispuesto á dormirse y criticar los esfuerzos de la retórica, no hallando cosa que ponga en movimiento sus pasiones, arrojará con enojo el libro y renunciará á volverle á mirar; y última-

mente dice, que el gran secreto está en agradar y despertar la curiosidad por ver el fin de una materia que le ha llegado á interesar.

Partiendo, pues, de este principio, escribiré solo para las personas de una imaginacion viva y exaltada por las impresiones fuertes, y de una alma sensible. Pretendo fijar su atencion presentándoles cuadros terribles y combinaciones espantosas: trato de reunir bajo ciertos casos históricos todo lo que el prodigio de la magia, todo lo que los prestigios de lo maravilloso pueden ofrecer de singular y extraordinario á los ojos de los hombres.

Al ver estas escenas trágicas

tan sensibles, se estremecerán mis lectores, perderán sus facultades intelectuales, se inflamará su corazón, su espíritu sufrirá una saludable inquietud, y sea que las emociones que experimenten provengan de un gran terror, sea que resulten solamente de una viva sensibilidad, se recogerá siempre el fruto de una preciosa meditación.

La lectura de los grandes infortunios del hombre parece no debe tener el simple objeto de la diversion, sino tambien el de preparar el camino con anticipacion á todas las desgracias de la vocacion humana. Este es el modo de precaverse de la adversidad, y de familia-

rizarse con su imagen, recreándose en contemplar estos cuadros denegridos de nuestra flaqueza.

Con estas disertaciones rápidas hago la apología del género de composición que he elegido. No es mi intención la de cautivar únicamente el ánimo de mis lectores con un farrago de anécdotas ó episodios quiméricos, forjados por mi imaginación, donde presida exclusivamente el genio de las ficciones: *Nada hai bueno sino la verdad: solo esta es apreciable*; y penetrado de este precepto, haré que intervengan frecuentemente aventuras reales y verdaderas en estas páginas históricas consagradas al



terror. Por consiguiente, en este proyecto hermoso á lo Young, en esta Galería fúnebre de pomposos funerales, no trato de hacer la exhumacion de los sueños nocturnos de la sepulcral Rosdeliff ni de los misterios de Udolfo.

Sin embargo, no faltarán críticos de bote y boleo que nieguen su aceptacion á esta obra; mas no desmerecerá por esto la de los hombres sensatos y de las señoritas que ansien instruirse y sacar un fruto saludable de la lectura que eligen para su diversion. Resonará continuamente á sus oidos el ruido espantoso de metales y cadenas; se paseará su imaginacion por largos pasadizos,

cuevas, oscuros subterráneos, donde á la escasa luz de una lámpara moribunda divisarán un cadáver amoratado etc. Mas todo esto no será como las metáforas gigantescas ni los cuentos de niños que suelen imprimirse; pues bajo las ficciones de la magia, de que me valgo para hacer mayor la sorpresa que deben causar unos sucesos históricos, en sí mismos bien horrorosos, procuro atacar la supersticion, y presentar á mis lectores acontecimientos que fijen su imaginacion viendo pintado al vivo el cuadro de la debilidad humana, que les obligue á entregarse á la meditacion y al dolor, para sacar el fruto precioso del horror al

crimen que reprima sus pasiones.

Si esta obra llegase á manos de un petimetre, de los muchos que hay tan ignorantes como afeminados, y que nunca conocieron el placer de las grandes impresiones del alma, es posible que al momento la arroje con desprecio sin haberla leído. Siempre tonto, siempre lleno de ambición y de insolencia, empalagoso en todas partes, no podrá distraer su vista, consagrado exclusivamente al tocador, ni recibir sensación alguna, aunque vea la copa emponzoñada de Rodoguno. Se acreditaría de no tener buen gusto, si la fragilidad de sus torpes órganos pudiese soportar

las fuertes emociones de una alma sensible. En el momento mismo en que Orestes, cruelmente vendido por Hermione, despliega sus furiosos celos con toda la violencia de que es capaz el amor despreciado, en este momento tan crítico y tan interesante he visto á un Adonis de estos que hoy se conocen bajo los nombres de lechuguinos, merengues, suspirillos y otros, salir de un palco con la mayor indiferencia y frialdad, haciendo ruido con aire burlesco, y marcharse á hacer señas y carantoñas con sus gemelos á otro palco, interrumpiendo la atención de un público ansioso de ver el resultado de una escena tan importante. Este mono, es-

(31.)

te ente sin alma tiene muchos imitadores, y no esperamos merecer su aceptacion; al paso que otros aunque parezcan de su clase, por ser jóvenes prosélitos de las modas y amantes de la compostura, propia de su juvenil edad, pero sin afectacion que los entregue al ridículo, se dignarán leer con aprecio nuestra Galería fúnebre, y ser clementes con el autor que les consagra sus tareas históricas para dar un desahogo á sus ocupaciones, y distraer su imaginacion en los vacíos que les permita el estudio de otras obras de mayor instruccion.

Tambien hay en el bello sexo muchas figureras remilga-

das, que con unos paracaídas por gorros, enamoradas de sí mismas, llaman á todo el mundo la atención en el palco; y estas en la escena mas sorprendente de una pieza, momeras de profesion, revientan de risa, ó mas bien afectan reirse, por enseñar el esmalte de sus dientes y el carmin de sus labios de rosa, color comunmente prestado: los chulitos que las rodean, creyendo remedarlo grande, y que hacen un papel interesante, con aire afectado y ridículo vuelven las espaldas al actor, apuntan en todas direcciones con su lente, hacen mil movimientos, se componen el pelo ensortijado, y salen con sus gesteras del teatro sin poder

dár noticia de una tragedia sentimental que acaso hizo enternecer á todo espectador; mas estas impresiones y los aplausos no son ya de gente de tono: un caballero, *comme il faut*, es decir, un elegante, un lechuguino, un flamante, un merengue, debe tener el gusto estragado sobre todas estas cosas, y fuera vergonzoso tener el menor sentimiento de aquellos que inspira la misma naturaleza.

¿Cuál será pues la consecuencia que deberemos sacar de estas digresiones satíricas?... Que es inútil escribir para esta clase de seres que hasta en su figura degeneran de la especie humana: muñecos almibarados, pajas doradas que nunca fueron

mas que el simulacro de la virilidad: su cuerpo y alma, enervados por la relajacion física y moral, apenas pueden sentir sin dolor las suaves vibraciones de una harpa ó la catástrofe sentimental de un romance.... Mas volvamos á nuestro testo, y haremos á nuestros lectores algunas reflexiones filosóficas.

Nadie puede dudar que la molicie de las ideas, las costumbres afeminadas de la juventud, y las composiciones insignificantes de literatura influyen de una manera mui perjudicial en el carácter de un pueblo. Licurgo, este gran legislador, lo habia bien conocido, cuando despojando al oro



mismo de todos sus prestigios, y trastornando la educacion de las jóvenes con los ejercicios gimnásticos en su edad nubil, supo este grande hombre substituir los pensamientos varoniles en el bello sexo á las especulaciones de la avaricia, á la gazmoñería y á la fingida modestia, aunque como gentil faltó á los cristianos principios, opuestos por su moral á los del gentilismo: sabia mui bien que la castidad no consiste solo en las palabras ni en las acciones exteriores, y que para ser perfecta necesita principalmente estar acompañada de la pureza del pensamiento y de la austeridad de los principios, para Dios que conoce los corazones,

pues para el mundo suelen pasar frecuentemente por realidades las apariencias en muchos hombres. La inocencia, en su ingenuidad natural, deja de serlo cuando se cubre de gasas poco transparentes, y jamas la verdadera virtud ha podido contrahacerse con gestos ni ficciones, por mas que la hipocresía pretenda enmascararse; pues nunca fue ni podrá ser mas que una sombra de la realidad.

Parecerán ociosas estas reflexiones, porque nuestras instituciones y costumbres estan arraigadas de tal manera, que nunca se podrá intentar refundir el órden social, tomando por modelos los que Licurgo y Solon introdujeron en Espar-

ta y en Atenas ; pero no está menos probado que el melindre , que la afeminacion y la elegancia de nuestras costumbres han destruido y hecho degenerar el carácter y espíritu nacional , y que para imitar el paralelo de Plutarco cuando dice , que *Roma de cabaña fue invencible , y Roma de mármol fue vencida* , fuera necesario esterminar una generacion , y formar asi la que la sucediese desde el pecho de las madres : no hubieran cambiado muchas ciudades sus laureles por dignidades aparentes y opulentas si hubiesen sostenido el carácter de bronce que se les ciñó ; y á ejemplo de Atenas , segun la espresion de Te-

místocles, no hubieran visto el humo del campo de los enemigos.

Mas sin necesidad de citar los torrentes de sangre humana que derramó Sila en la Cerámica, y sin poner en contribucion los monstruosos excesos de los antiguos, tendríamos mas que sobrado en los siglos modernos, particularmente aquellos de que Shakespeare, el trágico inglés, tomó tambien sus sombras ensangrentadas.

Ah! lejos de faltarnos materia, ¿no tenemos bastante recorriendo las atrocidades que han cometido los puñales en otras épocas mas modernas? Y últimamente, en defecto de estos horrores, la extravagancia

sola de los acontecimientos de la vida ¿no nos suministraría materiales para escribir mil volúmenes? Las muchas y largas guerras de veinte y cinco años á esta parte ¿no pueden darnos infinitos sucesos y desgracias para formar nuestra *Galería fúnebre*? La Europa moderna es una fuente inagotable de fenómenos y de prodigios innumerables; y sea que coloquemos la escena en la abrasadora Andalucía, sea que nos trasportemos á la mortífera Calabria, bajo los fuegos del cielo italiano, por todas partes nos lisonjamos de poder inspirar el mayor interes.

El lector que fuese codicioso de sensaciones fuertes, que

nos siga á la luz opaca de nuestras lámparas lúgubres, hasta aquellas sinuosidades pérfidas y catacumbas infernales: le serviremos de guia tutelar, preservaremos su rostro de las aves nocturnas que allí revolotean, le guardaremos de aquellos reptiles que allí lanzan su dardo venenoso; y si el grito lúgubre de las víctimas que en estos parages yacen apiladas, llegase á herir sus oídos y llenarle de terror, haremos que desaparezcan; y en fin, si le horrorizásemos con tan tristes páginas, tambien le demostraremos los efectos de la física, revelándole el secreto impostor del galbanismo de los antiguos egipcios, con el que fa-

natizaban á los pueblos , presentándoles cadáveres móviles. Esto es lo que hizo Mahoma , aunque de otro modo, mandando se le colocase después de muerto en su sepulcro de acero , debajo de una piedra de iman , para divinizar sus cenizas y su nombre con una ascension prodigiosa.

«Vamos , dirá una señorita literata que se digne tomar esta obra en sus manos , ya conozco la idea del autor : este quiere poner á prueba el valor y sensibilidad de sus lectores.» Y en efecto , no es otra mi intencion al proponerme divertirlos , y á la vez instruirlos con hechos históricos de los tristes efectos de una pasion desorde-

nada. Desgraciada la jóven que hallándose sola en su cuarto y casa de retiro, en medio de un desierto lleno de malezas y bosques, y no teniendo otra música que los gritos lamentosos de lechuzas y mochuelos en una noche tempestuosa, tuviese el arrojo de ponerse á leer nuestra *Galería fúnebre*: ya veo he- rizados sus cabellos y palpar agitadamente su corazon de una fuerte opresion: sus ojos, imágen del terror, verán revolotear de repente fantasmas espantosas detras de su asiento.... un espectro extraordinario en la alcoba, y los dobleces de las cortinas se convertirán en figuras horrorosas: verá cruzar duendes por todas partes, y



hasta en la chimenea resonará el ruido sorprendente de cadenas estrepitosas.... Tal será el estado, en fin, en que se halle su imaginacion, que todo para ella se transformará en visiones. En momento tan crítico llegará Jazmin, el criado, con la cena.... Josefina, la doncella, se presentará con el traje que su señorita acostumbra ponerse de noche, y.... ¡ah monstruos inhumanos!.... Su ama, ya enagenada, ha tomado al primero por un espíritu malhechor, y á Josefina por una de aquellas apariciones fatales que hacen el suplicio eterno de un asesino!!!.... El terror infundado de nuestra lectora es ya tal, que la decide á llamar á toda la

familia: tira de la campanilla, prorrumpe en descompasados gritos, se acongoja, y en fin, todas las sombras de su aposento son en su imaginacion cuerpos animados. Hasta el gato es para ella un ser mágico sospechoso: mas esforzándose Jazmin y Josefina en hacerla volver de su error, logran ya por último ser conocidos.

Tal será sin duda el terror saludable que inspirará esta obra al jóven que la lea á solas en altas horas de la noche, causándole despues la risa mas deliciosa el mismo convencimiento de sus ilusiones, quedando enteramente persuadido de los efectos que produce una imaginacion exaltada por el

miedo y el terror, contra los que escribimos, envolviendo la historia con los casos verdaderos que hemos sacado de ella; y mayor será el placer y diversion de una tertulia cuando se miren unos á otros las caras macilentas, desencajadas, y pintados en ellas el asombro y el espanto, haciendo en alta voz su lectura. Reflexionemos mas.

La situacion de esta señorita, sola en su cuarto, de noche, y en medio de un despoblado, inmediato á los montes de la aldea, debe ser muy crítica, si llevada de la aficion á esta clase de obras horrorosas se le antoja tomar un tomo de la nuestra ínterin la rinde el sueño. Es media noche.... hora fatal

del crimen y del silencio!!!!... Este es el precioso momento que ha escogido para leer la *Galería fúnebre*; pero apenas ha llegado á leer algunas páginas, cuando ya su respiración es interceptada: su inquietud la hace mirar á todos lados: un temblor penoso se apodera de sus sentidos: sus vestidos colgados de una percha son ya en su espíritu aturdido y aterrado objetos fantásticos que la amenazan con sus miradas. Su gorro y su sombrero, adornados de guirnaldas de flores, al traves de la sombra de la luz, toman la figura de dragones volando; y en fin, hasta su harpa en la oscuridad se la transformará en una horrorosa pri-

sion con grandes cerrojos: mas pluguiese á Dios que su imaginacion no formase mas objetos que acrecentasen su terror. La pobre niña habia almorzado de un pavo asado que la criada se olvidó de retirar, y revestido este animal de todos los colores de la prevencion, se convierte á sus ojos en una cabeza lívida y ensangrentada, dividida de su cuerpo el dia anterior por la cuchilla del verdugo; y para colmo de su desgracia, el viento que agita y hace crugir las puertas, la hace ya creer que una cuadrilla de asesinos sube sordamente la escalera.... En peligro tan inminente, su primer pensamiento es el de precipitarse fuera de la

cama.... Se arroja en efecto de ella, y con el aturdimiento y celeridad de sus movimientos trastorna la luz, se enreda con las cortinas, y no duda que la detiene una mano homicida para degollarla.... Quédase inmóvil, tiembla, agítase mas y mas la palpitation de su corazon, y cae por último desmayada.... Anúnciase la aurora, y al presentarse el brillante astro luminoso vuelve en sí despavorida y ojerosa despues de tantas angustias y temores: respira ya con libertad, tranquilízase su abatido espíritu, y examinando los autores ideales y quiméricos de sus visiones, se rie, se admira, se burla, se avergüenza de su pusilanimi-

dad.... Pero.... ¡Vaya una introduccion! dirán algunos al ver estas digresiones: mas no es intempestivo lo que ilustra sobre la materia y efectos que debe producir una obra; y en caso de ser demasiado prolijo un autor en sus prólogos, siempre merecerá la indulgencia de sus lectores, cuando su profusion se dirija á manifestar su buena fe y sinceridad, y darles la muestra del paño que compran. He concluido.

Aqui teneis pues, amados lectores míos, los lisonjeros resultados que esperamos obtener de la presente obra. Ningun elogio mas grato podreis ofrecernos que el de confesar habeis hallado horrorosas nues-

tras sombras. Si con estas sangrientas narraciones podemos lograr que cualquiera jóven se eleve en su silla, sin atreverse á volver la cabeza, temerosa de hallarse en todas direcciones con una garra infernal, de ver unos ojos vomitando fuego, y que mil espectros se acercan para hacerla polvo.... En una palabra, si leyendo nuestra *Galería fúnebre*, no ve ya sino figuras espantosas forjadas por su imaginacion exaltada; si en sueños ó al través de las sombras de la noche no se figura rodeada de veinte puñales levantados sobre su cabeza, y miembros palpitantes por el suelo, manchas de sangre en sus almohadas, y últi-



mamente, su cama trasformada en un horroroso patíbulo.... entonces, llevado de mi enojo y desaliento, arrojaré al fuego mi pluma, y renunciaré para siempre al arte de mis prestigios; mas.... aunque se mire como un arrojado, contrario á la modestia debida, confesaré francamente que me inspiran mucha confianza mis talismanes, y que espero lograr de esta obra histórica los efectos que tantos crímenes deben producir en el corazón humano, con el auxilio de la ficción en la parte que abraza lo sobrenatural y maravilloso.

Empezaremos pues por tender los negros crespones y espesas gasas de la magia para

llenar de cipreses nuestra Galería: prepararemos la seriedad: reuniremos los ceños y sobrecejos cadavéricos, los patíbulos, los suplicios, los tormentos, y todos los ardides de la ficción, como cuevas, subterráneos y demas asilos del crimen. Venga la historia á ilustrarnos, y concorra todo á darnos una idea capaz de llenar nuestro objeto. Con estos elementos podremos ofrecer á nuestros lectores una obra nueva en su clase, que envuelva la ficción con la verdad, y que no solo les divierta, sino que les instruya de lo que ha sido y es capaz la debilidad humana. Su lectura será útil á la juventud, y mas al débil que al

sexo fuerte, para despreciar las necias aprensiones que desde la cuna producen el error y la timidez por la torpe credulidad de los criados y nodrizas, transmitiéndosela á los niños en sus cuentos de brujas, duendes, fantasmas y muertos resucitados, pues por este medio se convencerán de ser en su mayor parte una ficción de la óptica, sostenida por la ignorancia, que supone verdaderas las ilusiones de la imaginación; y últimamente, con la parte histórica verán en acción su sensibilidad para huir y detestar el crimen, reprimir sus pasiones, y evitar se repitan delitos y catástrofes que tanto afligen á la humanidad.

(54)

A falta de sucesos tan horrosos, como los que hemos tomado de la historia, recurriamos á las terribles avocaciones y sangrientas estratagemas de las Pitonisas de la Grecia; pues llevando al colmo el aspecto de nuestras historias trágicas, es mas fácil inspirar á todo lector los dulces efectos del terror que siempre hicieron la delicia de las almas sensibles.

**HISTORIA TRÁGICA 1.<sup>a</sup>**



**MILADI HERWORT**

**Y MISS CLARISA:**

**O BRISTOL,**

**EL CARNICERO ASESINO.**



*¡Infeliz de ti si no durmieras*



*J. Vand. lo dibº*

*C. de Vargas lo grabº.*



**L**a naturaleza no produce felizmente, sino de tiempo en tiempo, de aquellos mónstruos, cuya ferocidad extraordinaria y criminales inclinaciones afligen tanto á la humanidad, que confunden las meditaciones de los mas doctos metafísicos. Will Brístol, nacido en Handeley, arrabal del condado de Deshouvire en Inglaterra, es un ejemplo bien doloroso: su padre, sin embargo, juez bastante acomodado de estos cantones, y viudo poco tiempo despues de su enlace, no habia omitido diligencia alguna para corregir las perversas in-

clinaciones de este hijo único : dulces y paternales consejos , tiernas amonestaciones , buenos principios , educacion religiosa y fina , colegios , universidades costosas : en una palabra , este padre desventurado no perdonó medio ni gasto para inspirar á Brístol sentimientos de honor y de sinceridad , y domar su ferocidad natural ; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. Brístol , nacido para el crimen , sintió bien temprano las primeras inclinaciones de su perversidad ; y enemigo jurado de todo lo que era revestido de las formas de la honestidad y de la virtud , lejos de procurar vencer sus odiosos vicios , los consideró al contrario como precursores preciosos que debian



conducirle á una fama singular. Su vida en el colegio fue pues , en dos palabras , la de un hombre malo , de un bribon incorregible , que por sus travesuras sanguinarias dió lugar á que le espulsasen de las clases , y llegó á ser , no solo el objeto de un justo enojo y aborrecimiento de sus maestros , sino tambien el desprecio y odio de sus concolegas : volvió á la casa paterna , y habiendo ya llegado á la edad de veinte y cinco años , no quiso apreciar aun la razon para corregirse , ni hubo medios de poner freno á sus vicios y á sus infamias , y fue causa de la muerte de su inconsolable padre , que falleció á poco tiempo víctima de las pesadumbres que diariamente le daba

su hijo. Vedle aquí ya dueño de una fortuna bastante regular que no tardó en disipar. Mas, ah! ¿quiénes eran sus compañeros en los vicios y en la disolucion?... ¡Hasta los criados del verdugo, cuya compañía buscaba con una pasión particular! porque todo aquello que tenia relacion con la efusion de sangre humana, era lo que mas lisonjeaba á su feroz corazon, por cuyo motivo se le veia asistir á todas las ejecuciones de los criminales; y si no se atrevia entonces á subir al patíbulo para prestar sus auxilios á los ejecutores en tan infame como horrible ministerio, era por el pequeño residuo de vergüenza que le contenia en el pueblo de su nacimiento; pero ya le veremos

muy pronto traspasar los límites mas sagrados.

Por otro lado parecia que la misma naturaleza habia completado su obra, dando al mundo un mónstruo como Brístol, pues era, si puedo servirme de esta espresion, uno de los corifeos mas intrépidos del crimen: apenas habia cumplido nuestro héroe los veinte y cinco años, cuando ya tenia una estatura gigantesca de seis pies, cuatro pulgadas descalzo, una constitucion proporcionada, ojos fátuos y terribles, barba y cabellos negros, poblados y cerdosos, y una fuerza prodigiosa, que solo pudiera compararse con la de aquel famoso Anteo que el valiente Hércules hizo perecer, haciéndole sufrir el mis-

mo suplicio con que él sacrificaba á los viageros de la Libia; es decir, ahogándolos entre sus brazos. Con tal físico, Brístol, llamado en todo aquel condado el Hércules de la Gran Bretaña, habia llegado á ser el terror del pais: no solo habian sido muchos hijos de familia víctimas de sus desafíos, en que su extraordinaria superioridad en las armas le hacia siempre vencedor, sino que en tan repetidas quimeras su vigor admirable en luchar cuerpo á cuerpo le habia puesto ya por la voz general en el rango de los luchadores mas fuertes de Lóndres. Para él no habia superioridad física en los hombres: levantar pesos enormes, coger á un hombre de una corpulencia desmesurada, lan-

zarle á diez pasos contra una pared y estrellarle como un huevo; agarrarse del cubo de la rueda de una pesada diligencia en la obscuridad de la noche, y trastornarla al primer impulso con viageros y caballos, todo esto era para Brístol un juguete de diversion: su gran placer era tambien el de hacer sufrir á su caballo entre sus rodillas, matar un buei de un solo puñetazo, y apretando la mano del mas vigoroso mozo de carga de la capital, hacerle saltar la sangre por las uñas: uno de los juegos favoritos que tenia, á manera de ciertos gladiadores romanos, era ceñirse la frente con una cuerda mui fuerte ó gruesa, y hacer hinchar las venas con tal fuerza, que

lograba romper la cuerda sin sufrir lesion su cabeza de bronce, pues con ella rompía los tabiques de panderete tomando carrera. Los nobles, los grandes, los mas ricos Milores, curiosos y apasionados como sabemos de las luchas y de las justas de toda especie, no cesaban de tomar á Brístol por el campeón de sus grandes apuestas: todo Lóndres corria en masa, y las guineas llovian sobre el ilustre atleta.

En una sola circunstancia es en la que quedó desairado nuestro invencible gimnástico; tratábase de un desafio, y la cantidad que se atravesaba entre dos personajes de la corte, era considerable. El primero tomó á Brístol, y el segundo

hizo fuesen á buscar á Escocia á uno de los mas terribles montañeses que ha producido este reino. Su estatura era formidable, su osamenta parecia estar al abrigo de las mismas balas, y una cerda espesa cubria todo su cuerpo; en fin, el mismo Milon de Croton se hubiera espantado al verle: nunca el sentimiento del temor habia hecho la menor impresion en el ánimo de este nuevo Atlas, y sus mas dulces pasatiempos en sus montañas eran de apoderarse de un salto de las astas del toro mas valiente, para trastornarle con su brazo irresistible, y clavárselas en tierra para dejarle amarrado.

A este terrible antagonista es á quien eligió el duque de Northum-

berland para hacer frente al mas temible de los luchadores de la Inglaterra, y acaso de todo el universo.

Se destinó una mañana el teatro de Drury-Lane á este efecto, adornado con el mayor lujo, y asistieron los mayores personajes de Lóndres para ser testigos de una lucha tan singular, y la mas admirable que jamas habia fijado ni llamado la atencion de la capital: las mugeres no pudieron ser alli admitidas, porque la total desnudez de los combatientes no lo permitia: el patio se habia puesto como en las máscaras de la ópera al nivel del escenario, y los espectadores formaban al rededor de la liza un hermoso óvalo que colocaba á todo el



mundo á un punto de vista favorable. Por último, una trompeta anunció con una tocata alusiva á un acto tan feroz, el principio del combate; y dos especies de reyes de armas abren las dos puertas del circo de derecha y de izquierda, por las que se ven salir con un paso firme y magestuoso los dos seres mas formidables de la creacion. El atleta escocés, segun hemos dicho, velludo como un oso, y cuyos ojos hundidos y penetrantes centelleaban al través de una barba rizada, parecia mas bien un animal feroz y bipedo que una criatura humana: se oyen rechinar sus dientes como una pesada reja cuando se abre sobre sus goznes mohosos: todos sus cabellos se erizan al ver á

su adversario, y se abraza ya por estrecharle entre sus brazos de acero: en cuanto á Brístol, aunque no tan espantoso, y de una espresion mas humana, mas varonil y mas marcial, se presenta con dignidad, no como un guerrero brusco y sediento de sangre, sino como un rival generoso y dispuesto á batirse como un verdadero héroe: su estatura es colosal, es cierto; el juego, la formacion de sus músculos, la fuerza elástica de sus jarretes, de sus riñones carnudos, de sus anchas espaldas, cuyo menor movimiento demuestra un inmenso mecanismo de fuerzas interiores, dan la mas alta idea de sus facultades físicas; mas como ya hemos dicho, no es un mónstruo espantoso como

el otro luchador, y la hermosura participa tanto como la fuerza en la elegancia de su constitucion. Segun la costumbre de los lacedemonios, nuestros dos justadores se habian macerado el cuerpo con cosméticos ó drogas oleosas, para dar mas flexibilidad y agilidad á sus movimientos de ataque ó de retirada. A su entrada en la liza resonaron en la sala grandes aplausos, á los que sucedió un profundo silencio: los criados del teatro pusieron en medio una mesa con diferentes carnes crudas, animales vivos, como carneros, perros dogos grandes, dos lobos furiosos, y una docena de botellas de rom, con todo lo que nuestros dos héroes empezaron á preludiar por fraternizar, devo-

rando cada uno siete á ocho libras de carne corriendo sangre: despues, apoderándose de los animales, apenas los ahogaban con sus manos de hierro, se divertieron sonriéndose en abrirles el cráneo con sus propios dientes, y comerse sus asquerosos sesos. El escocés, á quien llamaremos en adelante Nemrod, se complacia particularmente en arrancarle las entrañas al lobo, teniendo las patas muy abiertas, considerando las contorsiones dolorosas de aquel animal vivo. Brístol demostró repugnancia solo en poner sus labios como su antagonista sobre estos animales carnívoros; pero el escocés los destrozó con placer con sus mismos dientes. Concluida esta comi-

da espantosa, bebieron dos botellas de rom entre los dos, brindando á la libertad de los ingleses y á la victoria; y por último, separándose el uno del otro segun la orden de las autoridades que presidian este espectáculo, se saludaron como dos enemigos que se estiman, y se prepararon á empezar el combate mas interesante que acaso se ha celebrado desde los Horacios y los Curacios.

Al principio no hicieron mas que movimientos falsos, amagos figurados, tentativas disimuladas y retiradas prontas del cuerpo, donde se unia la flexibilidad del tigre al vigor del leon: se tiran golpes, y es verdad que alguna vez son recibidos; pero la prudencia y el es-

tudio de los esfuerzos disminuyen su impetuosidad, y la circunspeccion modifica tambien la rabia que debe pronto sofocarle.

El espectador se estremece, su corazon palpita, se oprime, suspéndese su respiracion, teme interiormente aquel espectáculo, no se atreve á mirar el choque de aquellas dos rocas vivas, y ve con un sentimiento de terror indecible los primeros vapores que la cólera y el deseo de vencer hacen exhalar del cuerpo de estos dos atletas formidables: los golpes sordos que ya se dan, resuenan sobre el estómago de Brístol y de Nemrod como si se diesen sobre un tonel vacío: si se enlazan con sus brazos, se aprietan y se clayan las uñas en

la piel; las tarimas crujen bajo sus pies convulsivos, y el peso enorme de estos dos mónstruos parece que va á hundir el suelo que pisan.... Su sudor corre ya en arroyos envuelto con su sangre: sus carnes ya desolladas causan crueles espeluzos á los espectadores, y su rabia llega al colmo del furor: inmóviles algunas veces bajo el mútuo vigor de sus fuerzas iguales, no hacen el menor movimiento hasta que hallando el secreto de un lado débil, rompen este equilibrio espantoso. Sin embargo, á pesar de que la sangre corre por sus cuerpos, y que las contusiones horrosas demuestran el valor de ambas partes, parecen los dos hasta entonces de igual vigor; pero de

otro esfuerzo va á resultar el triunfo. El feroz Nemrod fue el primero que hizo la tentativa con una fuerza increíble, y levantando á su enemigo con un impulso colosal, le tuvo en el aire á pulso en sus brazos á cierta altura, y despues precipitándose en tierra con Brístol, dando unos ahullidos como un lobo, fue tan terrible como furiosa la caída de los dos. Brístol quedó debajo; Brístol en fin fue vencido: la rodilla de su enemigo apoyada sobre su pecho, el cuello cerrado entre las tenazas de sus fuertes y gruesos dedos, y los brazos de Brístol paralizados enteramente por la naturaleza de su posición, le hicieron confesarse aterrado, y despues de algunos impotentes esfuerzos



concedió la victoria al vencedor.

Ganada la apuesta y proclamado el escocés Nemrod, fue curado Brístol en poco tiempo de sus heridas, y se consoló con la esperanza de nuevos sucesos. Hasta aquí no ha sido mas que un Fierabrás, un gladiador terrible sin duda, pero que nada ha tenido aun que ventilar en el ministerio de Themis: es llegado ya en fin el momento de colocarle sobre el teatro del crimen, á donde sus inclinaciones sanguinarias no pueden dejar de conducirlo.

El número de abusos de confianza y los actos de maldad, efecto inevitable de semejante carácter, pero que el crédito de los grandes habia sofocado varias veces en con-

sideracion á su reputacion extraordinaria de gladiador, habian impedido encerrar á nuestro héroe en una mazmorra; y habiendo conocido que la policia tenia sobre él ya la mayor vigilancia continuamente, Bristol parte, ó mas bien se huye hácia el condado de Nottingham, y á Dowley, pueblo situado en medio de un bosque famoso y muy fértil de facinerosos, donde tomó la profesion de carnicero, á beneficio de algun dinero que le restaba de Londres. Su comercio al principio iba bien; y cuidando de encubrir sus designios criminales, llega en poco tiempo á lograr una reputacion de hombre de bien, pues aunque le veian abrutado en sus formas y espresiones, hallaban

en él algunos rasgos de probidad.

Es preciso instruir ahora á nuestro lector de que á tres leguas de Dowley, en el paso mas peligroso para los viageros, habia un meson ó posada reputada por guarida de ladrones, cuya falta de pruebas habia impedido descubrir sus tramas. Brístol se fue allá; frecuentó mucho al patron; hizo amistad con él, y en fin habiendo logrado toda su confianza, convinieron, con el vaso en la mano, en ejercer unidos su infame profesion en los caminos, sin perdonar á nadie la vida.

Ana Westeru, muger hermosa y cómplice desde la cuna de las antiguas maldades de su padre, que era el dueño de la posada, fue la que puso el sello á esta alianza, cimen-

tando el himeneo este paso del crimen.

Brístol transformó, pues, insensiblemente á sus ayudantes de carniceros en asesinos de profesion, que antes estaban á las órdenes de su padrastro, y ambos en su infame emulacion se prestaron el teatro favorable y los instrumentos de sus crímenes. Asi, en este estado de cosas, jamas de tiempo inmemorial habian afligido á la provincia semejantes horrores: todos los dias, todas las noches era atacado algun ilustre extranjero, algun coche rico en medio del monte. Inútil era que la justicia hiciese al momento sus pesquisas las mas activas, pues las víctimas, sus equipages y sus riquezas habian des-

aparecido por la astucia de un genio infernal; y teniendo unos fosos profundos para ocultar los cadáveres, Bristol y sus compañeros se enriquecían hacia ya algunos años en el seno de la impunidad que tanto afligia aquellos contornos; pero felizmente no lo permitió Dios mucho tiempo, y lo que vamos á referir es una prueba.

«Hasta ahora, dijo un dia Bristol á su muger, todo va á las mil maravillas: nosotros tenemos ya mas de ocho mil guineas en oro, efectos ó pedrería: tu padre tiene tambien un tesoro: nuestra gente nada tiene tampoco que desear, pues las particiones se han hecho siempre con lealtad. Daremos otro asalto, y con este golpe magnífico

seremos poderosos , y podremos emigrar al extranjero.»

Ana , enagenada de gozo , le hizo explicar las ventajas y las bellas esperanzas de este último golpe tan brillante. Brístol fue á cerrar las puertas con el mayor cuidado , y volviendo con su muger con un aire misterioso , sacó una carta del bolsillo, en la que su padre le instruía por un mensaje espreso, de que *Miladi Herwort* marchaba en posta á *Nottingham* con un rico equipage , llevando en su compañía á *Miss Clarisa* su hija , con algunos criados , y que seria fácil atacar tan buena presa , pues *Miladi* debia pasar en la misma noche de *once á doce*. Despues de esta exacta relacion que Brístol acompañó

cón una sonrisa atroz , preparó sus puñales y sus pistolas , y haciendo presentar á sus falsos ayudantes de carnicería, les comunicó su empresa , instruyendo á cada uno del papel que debia desempeñar, fijándoles la hora de la salida. La alegría brillaba en los ojos de la infame Ana : su imaginacion se recreaba ya en contemplar á su vista todos los brillantes y tesoros de la opulenta Miladi. Primero se ocupaba de la pedrería y de los ricos vestidos cargados de bordados, y del oro encartuchado , y despues contaba por nada todos los demas despojos que pudieran llegar á sus manos impuras , empapadas en una sangre preciosa , á favor solo de un horroroso homicidio....

Era en invierno y mes de diciembre, época en que la noche se apodera de las dos terceras partes del día : la nieve caía en abundancia ; pero lejos de ayudar al viajero con su claridad cayendo helada sobre la tierra y sobre la cima de los árboles , se deshacía al momento , y por consiguiente hacía mas intransitables los caminos, formando delante de la vista inquieta un velo movible, mas propio á encubrir las maniobras de un asesino, que á manifestarlas.

«Este tiempo es para nosotros muy propicio, dijo Bristol á su muger al marchar con sus infames auxiliares ; y ocultando sus armas bajo una mala capa , prosiguió : tu padre debe ya estar emboscado á las



gargantas del monte , y nosotros vamos á apostarnos cerca de nuestro cementerio. » Ana cerró misteriosamente la puerta despues de salir los bandidos , y les recomendó sobre todo no hiciesen lo que con el último viagero , dejando escapar á uno de sus criados de morir con los demas. Su primer cuidado fue el de preparar una excelente cena digna de la gloriosa expedicion meditada ; pero mientras ella estaba preparándola , llaman á la puerta . . . ¿ Quién es ? . . . Su sobrina Poliana , de edad de doce años , que despues de haberla informado que su intencion era ir á Sutherland , dos leguas de allí , la suplicó la dejase pasar en su casa la noche por ser muy largo el cami-

no que la faltaba, y estar la noche muy mala. Ana, no hallando ningun inconveniente en esta pretension, condescendió en ello, la dió de cenar, y la mandó se acostase en un cuarto inmediato á su alcoba. Sin embargo, mientras la Providencia cuida de los incidentes mas singulares, el crimen obra con mas actividad que nunca. Brístol, despues de haber llegado á su cementerio con su gente, donde estaba el monte mas espeso y que hacia el paso de los carruages mas lento y dificil, esperó á la sombra el momento favorable á su atrocidad. Ya habia hecho la señal con silvos metódicos y conocidos con su pito á los otros compañeros de la emboscada que estaban con su suegro

en la entrada de las gargantas, y este habia correspondido exactamente con otras señales de su gerigonza homicida, para dar á entender que todos estaban bien ocultos en las emboscadas convenidas. La desventurada Miladi Herwort y su joven hermosa hija Clarisa, destinadas en medio de los horrores de esta noche á ser víctimas de estos asesinos, marchaban aunque á paso lento á una muerte que parecia inevitable!!!!.....

Sin embargo, la disposicion de su espíritu era bien diferente; y Miladi sonriéndose y abandonando su pensamiento y sus sentimientos maternales á los proyectos del establecimiento de matrimonio de Clarisa, estaba lejos de imaginar el

abismo á que se dirigian , aunque Clarisa , afectada de terribles presentimientos , no habia podido evadirse de aquel cierto terror que inspira la silenciosa soledad de un monte que tenia la fama de peligroso.

La doncella procuró desimpressionarla de estas visiones que ella llamaba pueriles , y la dijo que los dos criados armados que iban sobre el imperial , eran valientes y suficientes á defenderse en caso necesario , lo mismo que los postillones ; pero todas estas reflexiones eran inútiles , pues sus temores secretos se aumentaban cada vez mas , y su espíritu alarmado la hacia ver espectros , ladrones emboscados y fantasmas en cada tronco de árbol.

El creciente de la luna y las nubes se revestían á sus ojos de mil figuras espantosas: mirad, mirad, mamá, decía: ¿quién no juraría ver allí la punta de un puñal? ¿Aquellas nubes cenicientas no figuran unas cabezas de foragidos envueltos en unas capas negras, marchando misteriosamente por la sombra?.... Pues mirad, mamá, proseguía Clarisa, no pudiendo ya contener sus lágrimas, yo creo que hemos sido muy imprudentes de despreciar las aventuras que nos han referido sobre el riesgo de este monte....

En este mismo instante es atacado por todas partes el fatal coche al pasar las gargantas con dirección al cementerio de los asesinos, donde estas infelices se halla-

rán en pocos momentos. Ya no se puede intentar la retirada, y aunque Miladi no atribuyó los terrores de Clarisa sino á la debilidad natural á su edad y á su sexo, sin embargo estaba ya pronunciado y parecia irrevocable el decreto de muerte de estas dos interesantes criaturas....

El equipage, embarazado en los profundos y fangosos carriles, tenia que marchar con mas lentitud que antes, y mucho mas cuando estaba subiendo una cuesta muy penosa: reinaba el mayor silencio por todas partes, y no siendo el grito de algunos pájaros, huéspedes nocturnos de los bosques, nada turbaba estos horrorosos parages favorables al crimen. Habia cesado de

nevar; pero unas nubes enormes arrojadas con violencia del norte al oeste cambiaban la luz á los objetos de un modo extraordinario y terrible, de manera que una obscuridad total hubiera causado menos pavor que estas mudanzas en la luz triste y opaca de una noche nevada, pues producian sobre el prisma de la imaginacion una especie de fantasmagoría espantosa.

Clarisa, la pobre Clarisa estaba mas trémula que nunca: muy abrazada de su madre, oprimido dolorosamente su corazon, interceptada la respiracion, parecia estar colocada bajo una cuchilla suspendida de un hilo que el menor soplo puede romper: su vista agitada buscaba por todas partes un motivo pa-

ra encargár á los criados la defensa : se acordaba con una exactitud martirizante de todas las historias lamentables de facinerosos que tanto la habian afectado en su infancia. «La muerte , decia temblando la pobre niña , no me sorprenderia ; pero mi honor.... verse profanada mi persona por unas manos criminales teñidas en sangre inocente por su oprobio y execracion!!!!» Esta idea la destrozaba su sensible corazon , y la cubria de palidez congojosa sin quietud alguna y sin atreverse ya á dar libre curso á su respiracion : no limitando á esto sus horribles congeturas en tan cruel perspectiva , veia á su madre , su madre adorada , nadando en su sangre , despojada de sus últimos



vestidos en el seno de una caverna infernal, y todas estas imágenes acababan por sumergirla en unas angustias mortales. Se había llegado ya á poseer Clarisa en tales términos de estos presentimientos, que habiendo cogido las manos de su madre y hallándolas frias, no pudo reprimirse, y soltó un grito muy fuerte, persuadida de que estaban empapadas en su sangre tan preciosa á su amor filial.

El carruaje avanzaba lentamente, y esta lentitud le asemejaba á un convoi fúnebre. Miladi fue la primera que percibió por entre la espesura de las sombras pasar detras del tronco de un árbol un hombre agachado, que con unas pistolas y un tabuco bajo del brazo pa-

recia ponerse de acuerdo con otro escondido detras de un árbol. Entonces ya no pudo menos de estremecerse Miladi, y hallando una mano de Clarisa, la apretó temblando, aunque involuntariamente. «¿Qué teneis, madre mia? exclamó al momento. ¿Habeis visto los asesin- nos?....

No, respondió Miladi, disimulando lo mejor que pudo su turbacion: es que las ruedas han hecho un movimiento, y no he podido evitar el susto. Durante esta fingida contestacion Clarisa vió tambien sobre un arbolillo cargado de nieve la refraccion de la sombra de un hombre que parecia tomar sus disposiciones; y por una delicadeza filial, Clarisa, temiendo tam-

bien afectar á su madre, la imitó en el disimulo : sin embargo, no pudo menos de decir á Miladi, que deberian sin duda llegar ya al punto peligroso que habia indicado el maestro de postas. El meson quedaba ya unos cien pasos atrás, y no se veia mas al traves de los árboles que una luz que parecia en sus movimientos de inteligencia con el crimen. En fin, el peligro no es sino muy cierto : los criados que iban en el pescante y trasera del coche, espantados á la repentina aparicion de esta cuadrilla de malvados que simultáneamente van cayendo sobre ellos, empiezan á gritar y descargan sus pistolas contra ellos : al punto se oye el silvato avisando á la otra banda de re-

taguardia para que acuda al mismo tiempo: los postillones caen á trabucazos al suelo; los criados son heridos igualmente, y todos quedan al momento en tierra por un diluvio de balas que descargan sobre ellos tantos asesinos en tropel, y despues con los puñales acabaron de degollarlos, despreciando sus súplicas y clamores....

A vosotras, ángeles celestes, es á quienes yo debo ahora consagrar toda la energía y toda la sensibilidad de mi pluma, para pintar vuestra triste y horrorosa situacion, vuestras mortales angustias, y vuestros penetrantes gritos y clamores en medio de este teatro de carnicería y de dolor!!!! ¿Qué lector no quisiera poder obrar un milagro en

vuestro favor, y sacaros de ese abismo? Mas ya son inútiles sus votos, y es preciso llorar vuestra pérdida: está jurada, y Dios solo puede evitarla.

Clarisa, desmelenada, desatinada y sofocada por su dolor, habia enlazado sus brazos á la cintura de su tierna madre, y con los ojos elevados al cielo no le pedia mas que el favor de morir antes que esta madre adorada. Miladi, por su parte, reuniendo todas sus fuerzas para tratar de salvar aun á su hija en medio de este desastre, la cubria con su cuerpo; y con el seno apoyado sobre el de ella no permitia la entrada al acero de los homicidas.

El bárbaro Bristol fue quien

con la mayor ferocidad é inhuma-  
na acción sumergió un largo puñal  
en el vacío de la ilustre viagera, y  
arrancando de sus brazos desfalle-  
cidos á la infeliz Clarisa entera-  
mente accidentada, la mandó lle-  
var á la cueva ó cementerio, lugar  
de despojos y sepultura de las in-  
numerables víctimas del bosque.  
Un hachon clavado en tierra era lo  
que alumbraba aquella horrible  
mansión: allí es donde se halla ya  
sumergida la beldad mas intere-  
sante.... y su lecho, el sitio donde  
se encuentra aquella inocente cria-  
tura espirante, no es mas que un  
cúmulo infectado de cadáveres mu-  
tilados y denegridos por la muer-  
te.... Mas cesa, lector mio, de afli-  
girte: Clarisa nada tiene ya que te-

mer : Clarisa duerme en el sueño eterno, en el sueño de los ángeles. Dios la ha dado alas, y saliendo de las bóvedas tenebrosas de esta cueva de asesinos, se halla ya entre las divinidades del martirio: para colmo de su felicidad ha vuelto á ver á su adorada madre para estrecharla otra vez en sus brazos y no separarse jamas.

Brístol, al ver tales atractivos, sintió en su corazon delincuente un impulso criminal causado por la hermosura de Clarisa : trata de volverla á la vida, y es en vano le adviertan los demas foragidos que no se debia dejar existir á ninguno, que esta era la órden que él mismo habia dado : Brístol insiste en el designio de hacer salir á Clari-

sa de aquel sueño eterno, que cree no ser mas que un fuerte accidente.... Despues añadió otros crímenes.... ¡Mas para qué horrorizar mas á nuestros lectores! Este mónstruo tuvo la barbárie de abrazar á la misma muerte.... pero el alma inocente de Clarisa subió virgen á los cielos, por mas que su cadáver fuese profanado por los mas horrorosos reptiles....

Desde allí Brístol volvió al coche y le hizo conducir á la venta: levantaron todos los cadáveres, los despojaron de todas sus ropas, los enterraron en el cementerio de sus víctimas, desmontaron pieza por pieza el equipage, repartieron el oro, los baules, las maletas, los brillantes, y no quedó sobre



aquel teatro de sus crímenes mas que los arroyos de sangre que habian corrido por el fango....

Brístol estaba impaciente por ver á su muger , lleno de orgullo de su criminal triunfo. Reunió sus cómplices y les mandó se preparasen para volver con él á Dowley. Seria entonces la una y media de la mañana. Ana los esperaba llena de impaciencia; y habiendo oido algun ruido á la puerta de la calle, palpitándola el corazon de placer, fue corriendo á abrir, y se halló efectivamente con su marido : este , con la embriaguez del crimen, y enagenado de alegria , sube corriendo la escalera , contándola en alta voz el feliz suceso de su expedicion nocturna : los otros ases-

nos le siguen y cierran las puertas. Brístol, muy gozoso del resultado de su asalto, arroja sobre la mesa con estrépito cien cartuchos de guineas, aderezos de soberbios brillantes, las sortijas de la desgraciada Miladi, el retrato de su hija, cubierto aun de sangre, y hasta sus vestidos ensangrentados. En la efusion de su alegría habia rebelado imprudentemente hasta los mas pequeños detalles de sus numerosos asesinatos, y el crimen mismo se habia hecho traicion, cuando Ana frunciendo las cejas, exclamó: «¡Desgraciada! ¡qué es lo que yo he hecho! Brístol, dice á su digno marido, tu sobrina me ha suplicado la deje pasar aquí la noche: lo habrá oido todo, y so-

mos perdidos, si.... Por toda respuesta el infame Brístol, frunciendo las cejas y replegando todas las arrugas de su frente horrorosa, toma la luz, y sacando un puñal de la cintura: «*Si pudiera dudar un instante que duerma, dice en voz baja, dormiria inmediatamente en la eternidad, pues nuestra seguridad comun manda sacrificarla....*»

¡Qué espantosa es la situacion de la pobre Polina, que en efecto lo ha visto y oido todo, habiendo despertado al ruido que habian hecho al entrar aquellos desalmados!!!! Sin embargo, esta desgraciada, conociendo que en el disimulo está su vida, finge al momento que duerme con el mas profundo sueño. En vano el gigantesco, el mónstruo

Brístol se acerca á la cama estendiendo el cuello con aquel brillante acero en la mano; en vano pasa aquella luz descomunal por el rostro amodorrado de aquella infeliz, á pesar del agudo dolor de una gota de aceite ardiendo que cae sobre sus espaldas medio desnudas. Polina no se mueve, y ronca como si tuviese el sueño mas profundo: su boca medio abierta respira toda la inocencia de su edad, y algun genio celeste la instruyó sin duda en este instante de terror por qué arte se hace caer á un criminal en el lazo hecho por sus mismas manos.

Brístol pues, completamente engañado por aquel ángel enviado del cielo, volvió muy contento afuera,

asegurando á todos que seria una sangre inútil, pues que estaba perfectamente convencido de que Polina no habia cesado de dormir.

Los bandidos cenaron y se llenaron de vino, y despues cada uno se fue á acostar felicitándose muy alegres de su brillante accion, y de la gran fortuna que habian adquirido en aquella noche.

Polina se levantó á la mañana siguiente muy temprano y sin afectacion, metiendo en el bolsillo su almuerzo, abrazó á su tia, la dió muchas memorias para su tio que aun dormia, y pareció dirigirse al pueblecillo que habia indicado; pero luego que esta jóven heroína se aseguró de que nadie la habia observado, se volvió zozobrosa por otra

calle á la ciudad, y haciéndose presentar á la autoridad, declaró estremeciéndose aun del riesgo que habia corrido bajo la punta del puñal dispuesto á herirla, que su tio era un gefe de ladrones, y que en la misma noche pasada habia visto repartir, con las manos aun ensangrentadas, entre sus cómplices y su muger las alhajas y dinero de muchas personas que acababan de asesinar. El magistrado se quedó tan atónito y horrorizado, que tuvo trabajo en creer tantas atrocidades; mas sin embargo hizo su deber, y sobre los indicios de esta niña, despues de haber reunido alguna tropa y un gran número de esbirros bien armados y provistos de fuertes cadenas y de cuerdas,

marcharon sin dilacion á cercar la venta del bosque y la casa del carnicero inglés. El dinero, las alhajas y todos los vestidos que hallaron, no les permitió dudar ya para la rápida formacion del proceso. Esta banda de asesinos fue al fin inmolada á la venganza de las leyes, y perdieron sobre el patíbulo una vida que habian tiznado con tantos crímenes. Ana y Brístol fueron ejecutados los últimos pareciendo los mas delincuentes y malvados; y Brístol, como habia dicho muchas veces en pleno tribunal á su sobrina, con quien fue careada repetidamente durante el proceso, exclamaba frecuentemente : ¡ah, sobrina maldita, si yo hubiera dudado un momento que tú dormias!!!!





HISTORIA TRÁGICA 2.<sup>a</sup>



LA MORADA

DE

UN PARRICIDA,

Ó EL TRIUNFO

DEL

REMORDIMIENTO.



J. V lo dibujo.

C. de Vargas lo gravó.

*Hijo, salva a tu padre de un asesino.*



Si fuese cierto que el genio profético del fatalismo tiene trazados anticipadamente sobre un libro de cobre los destinos prósperos ó adversos de los mortales , no hai duda en que bajo este falso principio de los fatalistas , el hombre destinado ya para empapar sus manos en la sangre del autor de sus dias, es el mas desgraciado de todos los hombres. ¿No valiera mil veces mas entonces que no hubiese nacido , para no venir á ocupar el

primer rango entre los seres mas execrables de la naturaleza? Solon, este gran legislador de la Grecia, concibió tal horror de este crimen tan execrable, que en sus códigos no quiso poner ninguna lei para castigarle, persuadido de no ser de la clase de los crímenes posibles. Pero habiéndose renovado en Roma mas de una vez el parricidio, Rómulo, su ilustre fundador, mandó que al culpable se le castigase, echándole vivo al mar, metido en un saco de cuero con un mono, un gallo, un perro y una víbora; pero este suplicio era mui dulce, y se debe hacer que renazca mil veces el asesino de su padre, quitarle y volverle alternativamente la vida, y no herirle en fin con el golpe

mortal sino despues de un siglo de haberle hecho sufrir lentamente una cruel agonía. Cambises , este príncipe persa tan célebre por sus desgraciadas expediciones militares , fue de todos los reyes el que imaginó contra los parricidios las torturas y los dolores mas crueles. El criminal , encadenado en un calabozo , llevaba atado contra su pecho el cadáver de su víctima , de manera que su rostro lívido tocasse y mirase al suyo : la putrefaccion se inoculaba insensiblemente de muerte en el condenado , á quien se alimentaba con el mayor cuidado , y uno y otro acababan por caerse podridos sobre la cantidad prodigiosa de gusanos que los roian: el parricida por una especie de lei

del Talion , veia destrozar sus entrañas por el mismo que habia asesinado ; y esta idea tan terrible , esta espantosa invencion de dar á los cadáveres mismos el poder de vengarse de sus verdugos , de reducir á la nada con su misma nada á su homicida , y tomar en el mismo sepulcro el instrumento del castigo , es sin contradiccion el mas sensible y mas horroroso de los suplicios.

Figurémonos al asesino destrozado ya por sus remordimientos , y que sobre este roedor de la conciencia no puede hacer un gesto , ni el mas simple movimiento , sin sentir el peso enorme de su delito atroz : si solamente en el físico parece insoportable el dolor , ¡ cuánto mas sensible será en lo moral !

Reflexiona , lector mio , al traves de estas mal formadas é imperfectas líneas , sobre este rostro pálido y ensangrentado, esta tez ya verdinegra, estas pupilas rojas y fijas, estos cabellos erizados y empapados en sangre seca.... y sobre todo, esta boca ya torcida y sus labios amoratados que parece articulan aun: *¡Hijo mio, hijo mio, tú arrebatas la vida al que te ha dado el ser!....* A estos atroces tormentos se unen otros que acaso son aun mas terribles : si la víctima de nuestro asesino ha recibido el golpe mortal en el corazon, su sangre refluye entonces á borbotones sobre el cuerpo del parricida , que no puede hacer un movimiento sin bañarse en ella. ¡Qué horroroso debe ser su sueño, si es

que su corazón puede ser tan feroz é insensible que le deje dormir! No puede estenderse sino sobre el cuerpo ensangrentado de su padre, y en cada segundo del dia ó de la noche su vida no es más que un largo asesinato que le recuerda y coloca con toda la energía en aquel mismo acto que le representa los horrores de su crimen, y le cierra las puertas al arrepentimiento, como á un antropófago que se ha puesto por sí mismo fuera de todas las leyes divinas y humanas.

Tal era el suplicio de Amedeo, baron de Altamoungnes, poseedor de un palacio antiguo, situado en medio del Rhin entre Boun y Coblentz : este palacio, propiedad hereditaria y posesion noble ó feudo



de los barones de Altamoungnes desde tiempo inmemorial, habia servido antiguamente de fortaleza en tiempo de las revoluciones del bajo-imperio, asi como en las guerras de los príncipes mediadores de la Alemania. Quince generaciones habian visto sus almenas y sus cuatro torres paralelas, y algunos combates famosos (sea con la honda, sea con flechas ó jabalinas en tiempo de Julio César y de Breuno, sea cuando inventado el salitre hizo mas sensibles aun los efectos de la guerra) se habian celebrado allí con encarnizamiento, sobre las aguas de un rio fecundo en épocas memorables, y su solidez inalterable hacia todavia frente á todos los siglos: este palacio ó

castillo era entonces el objeto de admiracion de los navegantes que sobre un buque holandés emprendian el recorrer las orillas del Rhin, desde Dusseldorff hasta Cologne, viage el mas pintoresco y el mas interesante que entonces se podia hacer; y todos los navios que pasaban magestuosamente por bajo de sus torreones, hacian mas encantadora la estancia en él en la buena estacion. Allí es donde Amedeo, jóven bien formado, de una fisionomía la mas feliz, y último vástago de la familia de los Altamoungnes, habia fijado su residencia ya hacia algun tiempo, despues de haberla mudado muchas veces; porque poseia, á mas de este castillo, una casa hermosa en Coblentz,

una tierra considerable en las cercanías de Andernack , y su fortuna le ponía en estado de vivir en la corte mas brillante de uno de los electores que reinaban en este tiempo sobre las orillas del Rhin. Pero ¿en qué tierra , por buena que sea, puede hallar sosiego un criminal? ¿Los puntos mas hermosos y amenos no presentan los mas sombríos colores de duelo y de inquietud á los ojos de un culpable? Esta era la horrorosa situacion de Amedeo: las imágenes mas risueñas, los cuadros mas hermosos de la sociedad no pueden disipar en su alma atormentada aquella tristeza , aquel espíritu taciturno y aquella profunda meditacion de que el público ignora la verdadera causa. Era cri-

minal, era en fin parricida; y este corazón sensible, nacido para la virtud, se habia estraviado un instante por seguir los pasos al amor y á la ambicion. Explicarémos las circunstancias de esta accion execrable.

El baron de Altamoungnes, padre de Amedeo, tenia destinada á su hijo desde su infancia la mano de Cristina de Melsimberg, hija de un antiguo compañero suyo de armas, que en una batalla sangrienta le habia generosamente salvado la vida. Cristina no tenia fortuna, ni por dote otra cosa que el lustre de sus abuelos: estaba destinada para ser la prenda que justificase el reconocimiento del Baron á su libertador; pero desgraciadamente

estos sentimientos y pruebas de gratitud no entraban de ningun modo en las ideas de Amedeo, que por su parte se hallaba prendado de los encantos de una jóven hermosa y rica que habia fijado todos sus votos: habia visto, ¿qué digo? habia contemplado por la primera vez los atractivos de Blanca de Lindorff en un baile dado en Coblentz, siendo el asombro de todos su hermosura, sus gracias, su juventud y sus adornos. Verla, admirarla, tocar sus manos de alabastro, trémulo al impulso de un primer amor, y respirar en sus bellos ojos negros la pasion mas violenta, fue para Amedeo el efecto del rayo: no hacia una hora que se habia embriagado al ver este objeto seduc-

tor, y ya pronunciaba en su corazón el juramento solemne de no tener jamás otra esposa. Blanca por su parte no había mirado á Amedeo, sin sentir un secreto orgullo de verse el objeto particular de sus interesantes miradas que indicaban su pasión. A la vanidad la había sucedido el sentimiento en su alma, y una cadena como eléctrica había unido en secreto á los dos amantes, mutuamente embriagados de igual pasión. Blanca, resistiendo por pudor á sus inclinaciones, había disimulado todo el tiempo que le había sido posible su amor; pero cuando Amedeo en una entrevista meditada la hizo saber que su corazón había sido enteramente libre hasta el feliz y delicioso mo-

mento del baile , y que nunca habia sentido por muger ninguna el poder del amor , hasta que miró su celestial hermosura ; Blanca entonces , viendo aprobados sus sentimientos por sus mismos deberes , creyó poderse abandonar á los encantos de una pasion que le presentaba la mas bella perspectiva : por otro lado , persuadidos el uno y el otro , siendo hijos únicos , de que sus padres no podian sino lisonjearse de tal union , se entregaron á su ternura , no poniendo Blanca otros límites que los que exige en toda jóven su virtud y reputacion. Retratos , cabellos , anillos , cifras amorosas , de todo se habia valido ya amor ; y últimamente , sin noticia de los padres

habian hecho los preparativos para su ansiado enlace.

Una noche en que Amedeo, entrando de la academia del elector de Boun, gozaba aun en su memoria el placer de haber visto alli á su querida Blanca, siendo la delicia de la sociedad tocando el harpa, y haciéndola admirar su voz melodiosa, el ayuda de cámara de su padre llegó con órden de que pasase á su aposento antes de acostarse. Esta órden tan extraordinaria no dejó de inquietarle y darle presentimientos desagradables, pues nadie ignora lo mui supersticiosos que son los amantes y los corazones culpables: todo les parece que revela sus secretos, todo les parece debet trastornar el edificio frágil de sus



amores. El baron de Altamougnés hizo sentar á Amedeo á su lado , y abriendo una carta , cuyo noma era negro , le dijo : «Estás en edad , mi querido Amedeo , de formar una union : eres el heredero único de mis bienes y de mi nombre ; y no dudo , segun los sentimientos de honor que veo en tí , que serás mi digno sucesor. No habrás dejado de notar el mérito de Cristina de Melsimberg , y esta es la que desde la cuna te está destinada para esposa : debo la vida á su padre , y por prueba de mi eterno reconocimiento he prometido ante Dios y el honor la mano de Amedeo á su hija : es jóven , hermosa , de buen nacimiento , y tu fortuna reparará con amplitud los rigores de la su-

ya: es cierto que yo no pensaba confiarte tan pronto este proyecto; pero la noticia de la muerte del baron de Melsimberg que acabo de recibir en este instante, ha apresurado mis designios, á los que desde luego me persuado darás cumplimiento como hijo obediente.

Si un rayo hubiese caido á los pies de nuestro infortunado héroe, no le hubiera inmutado mas que esta intimacion paternal: de un carácter franco, vivo y sensible, incapaz de fingir, Amedeo no respondió al principio sino con un profundo y sombrío silencio; y sus ojos, casi cubiertos por sus párpados, no dejaban aun leer lo que pasaba en su alma; pero cuando el Baron, impaciente y sorprendido

de sus dudas , le mandó se explicase claramente, entonces ya Amedeo no disimuló que su corazón se hallaba comprometido de mucho tiempo; que si hubiese sido advertido antes , se hubiera guardado de dar entrada en él á una pasión que podía contrariar ya en el día los preceptos paternales; pero que el destino lo habia dispuesto así; y cambiando entonces Amedeo de tono y de actitud, declaró altamente con toda la energía del amor contrariado, que no tendria en su vida otra muger que Blanca de Lindorff.

Al oír el Baron este nombre mudó al momento de aspecto, se inflamó su sangre y pasó á un estado de furor, pues por desgracia era la hija de su mas cruel enemigo,

aquel que tan indignamente le habia calumniado ante el Príncipe Elector; y no escuchando mas que á su cólera, echó de su presencia á su desgraciado hijo, previniéndole severamente que mudase de sentimientos, ó no esperase otra herencia que la maldicion paternal.

A Dios amor, á Dios himeneo: todo se desvaneció como la nave abatida por una furiosa tempestad: todos aquellos preparativos de felicidad que una pasion fundaba en el enlace nupcial, y sobre el que Amedeo habia formado el cuadro mas halagüeño, quedaron destruidos, reemplazándolos un porvenir doloroso, con la idea de no poder acaso poseer á la mas amable de las mugeres: ¡qué noche, en comparacion

de la que nuestro desgraciado amante se proponia pasar! Es necesario, lector mio , que te recuerdes de todas las tribulaciones amorosas que acaso puedes tú mismo haber sufrido viendo contrariada esta pasion, para formar una justa idea. ¡ Ah, cuánto no aumenta entonces el dolor la noche unida á la soledad! ¡ qué inquietudes! La ausencia de los objetos hace mas crueles los males: nada distrae el corazon de un amante; su espíritu y sus sentidos ceden al abatimiento, y cae en una confusion, que aglomerando sus ideas sin tino, le priva de la razon y del descanso, exhalando en suspiros su tristeza, y dando su imaginacion en pensamientos descabellados: llega la hora en que la auro-

ra, proporcionando un poco de calma á su corazon afligido, y disipando los fúnebres vapores de la noche, da la luz al mundo y la esperanza al que sufre. La esperanza!... Ah! ya no entraba sino dificilmente en la idea del jóven Baron: conocia á su padre, sabia que era inflexible é inexorable en su primera resolucion, y no esperaba ya poderle vencer con sus súplicas ni con sus insinuaciones. Sin embargo, tentó mas de una vez al Baron; y prosternándose á sus pies, le hacia presente, bañándolos con sus lágrimas, y en los términos mas tristes y respetuosos, la desesperacion de su querida Cristina, su honor y el daño que sufririan los dos; y sobre todo le juró su amor, su respeto

y su reconocimiento eterno si se dignaba aprobar una union de la que dependia la felicidad de toda su vida. Cristina de Melsimberg (continuó con aquel fervor propio de una pasion vehemente) no tiene bienes de fortuna; pues bien, nosotros la aseguraremos una suerte digna de su nacimiento: el Barón os ha desconceptuado con el Elector; pues bien, Blanca os promete por mi boca, por el órgano de mi ternura filial, reconciliaros con el Príncipe, hacer que volvais á la corte; y en fin, proporcionarnos mas favor y poder bajo sus auspicios, que el que en otro tiempo tuvisteis. El Barón, mas irritado que deferente á estas proposiciones de composicion, declaró de nuevo con

el mayor furor , que preferiria la muerte á la mediacion vergonzosa de una muger en semejantes circunstancias , y que consideraria á su hijo como á su mas cruel enemigo si persistia en su criminal proyecto. En tal estado se separaron los dos.

Sin embargo, el amor, siempre ingenioso en procurar su consuelo, habia sugerido á nuestros amantes la idea de tener una continúa correspondencia por medio de frecuentes mensajeros que dia y noche estaban cangeando nuevos juramentos de fidelidad á toda prueba.

«Ningun poder humano , se escribian ellos con firmeza y resolucion, puede separarnos; y la muerte misma no haria mas que reunir-



nos en el sepulcro:» pero el baron de Altamougnés tenia sospechas sobre esta correspondencia, y para romperla al momento, ordenó á su hijo estuviese pronto á partir con él en el acto para su castillo del Rhin, que es el que ya hemos referido al principio de nuestra narracion. El cielo pareció señalar las disposiciones de este funesto viage por los presagios mas siniestros y aciagos. Un huracan horroso con truenos y rayos mil se desencadenó contra la naturaleza, sumergió muchos buques en las aguas, ó los destrozó contra las rocas, incendió pueblos, y por todas partes los elementos hicieron estragos enormes, cubriéndose el cielo de luto con negras nubes: los rayos

mismos cayeron estrepitosamente á los pies de los caballos del coche del Baron , como para forzarles á renunciar una empresa fatal. Amedeo , muy sereno en medio de todo este trastorno , parecia gozar en su interior cierto encanto : el dolor gusta algunas veces de asociarse á unos espectáculos tan terribles ; y la pena mortal que sentia al alejarse de su querida Blanca , le hacia hallar un placer secreto en el peligro : mil veces meditaba interiormente la resolucion de librarse pronto de la autoridad paternal ; pero su respeto filial , que hasta entonces jamas se habia desmentido , condenaba estos culpables pensamientos , y le hacia preferir la idea de tentar la suerte por

ver si podia interesar al Baron con sus tiernas súplicas , antes que faltar un momento á sus respetuosos sentimientos. « Mi padre me ama en el fondo de su alma, se decia : yo por mí le adoro : soi su hijo único , y no es posible que luego que se le haya pasado la primera efervescencia de sus resentimientos , insista en sus crueles designios. » Asi es como por este consolador monólogo dulcificó el jóven Baron las llagas de su amor , derramando en ellas el bálsamo de la esperanza. Pródigo en cuidados y atenciones por su padre , durante todo el viage , se dedicó mui particularmente á disipar de su frente fruncida aquellas nubes sombrías , tan sensibles para un hijo

que lee en ellas cargos crueles , y tuvo algunas veces la fortuna de hacer brillar en su semblante algunas señales de serenidad ; pero, preciso es decirlo , solo las debia á la esperanza que concebía el brusco baron de Altamoungnes , de que Amedeo se prestaria docilmente al yugo del himeneo proyectado , y esta idea sola era la que le permitia sonreír. En fin , llegan á las orillas del Rhin , un puente volante transporta el equipage , y cada uno toma posesion de los aposentos que los criados , advertidos de antemano por el mayordomo del palacio de Boun , habian preparado en el castillo.

Los primeros dias se pasaron en un silencio estudiado de una y

otra parte , y en conversaciones frias , mas bien de política que de verdadero afecto : se observaban , y cada uno parecia esperar el momento favorable de tentar el suceso que se prometia de sus secretos designios : si Amedeo tuvo veinte veces la intencion de tantear á su padre para ver si podia vencerle , por su parte el Baron discurria nuevos medios de conviccion para decidir á su hijo , y el mútuo temor de no lograrlo hacia espirar siempre la espresion en sus labios. Este estado de cosas era muy doloroso y violento para los dos . El Baron fue el primero que rompió el silencio , diciendo una noche á su hijo , que no dudaba ya hubiesen felizmente obrado una ventu-

rosa revolucion en sus sentimientos las saludables reflexiones que le habia hecho , y que podria estrecharle en sus brazos como hijo sumiso, que no pretenderia ocasionar la muerte á su desgraciado padre. Amedeo se sentia atormentado de un cruel dolor, al ver la dulzura con que le trataba, y mucho mas, estando tan acostumbrado á su dureza ordinaria; mas sin embargo, la felicidad de Blanca y la suya era el objeto de su predileccion, y no le era fácil ceder á aquellas nuevas insinuaciones: su silencio y sorpresa respondieron luego por él, pues no tuvo el Baron que preguntar mas para convencerse de que su constancia era inflexible. Desde este momento, renuncián-

do ya á los medios que sugiere la paciencia, no trató sino de desplegar todos los recursos de su autoridad: llamó á un capellan, mandó al mayordomo que fuese á buscar á Cristina, y no pensó ya sino en obtener por la violencia lo que se negaba á sus órdenes. Amedeo tambien desde este momento, desesperado por tanta tiranía, no vió ya en este padre, antes tan adorado, mas que un déspota insensato, esclavo de su capricho ó mas bien de su orgullo, y tomó la firme resolucion de resistirse con todo su poder á semejante despotismo. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que estas semillas del odio que mutuamente se tenian ya los dos, no hubiesen echado raices mas profundas, y

que estos sentimientos de amor filial, convertidos en aversion por parte de Amedeo, no hubiesen llegado hasta el punto de!!!.... No me atrevo á pronunciarlo, pues la naturaleza misma me niega las fuerzas necesarias para estampar espresiones que hacen temblar la pluma y me llenan de horror. Ningun motivo puede paliar el crimen de un parricidio, y me guardaré bien de intentar su justificacion: al contrario discurriré espresiones para pintar con colores de sangre un atentado semejante, y ofreceré con toda la energía de mi misma indignacion el cuadro del mas digno oprobio, y de la infamia que deben pesar sobre un crimen de esta clase!!!....



Llegó , pues , Cristina de Mel-simberg , acompañada del mayor-domo del Baron. Amedeo no la pudo negar aquellas atenciones que son de costumbre en un caballero con una señora ; pero fueron tan frias , que en semejante situacion no podian ser consideradas por una muger sino como una sangrienta afrenta : el baron de Altamougnés no aflojó en su obstinacion , y para apoyarla solicitó del Elector la órden de poner en un encierro á su hijo , si persistia en desobedecer sus órdenes ; y por una intriga , efecto del crédito que habia recuperado del Príncipe , hizo desterrar á cien leguas á la infeliz Blanca , como calumniadora , habiendo querido , segun la impostu-

ra, sembrar la division en una familia respetable, seduciendo al intento al hijo del baron de Altamoungnes. Amedeo fue al momento informado de estas nuevas persecuciones por un marinero que habia salido en un pequeño esquife de la orilla derecha del Rhin, y que le habia llevado misteriosamente una carta de Blanca, en la que le decia que habia sabido librarse á tiempo de la tiranía de sus enemigos, y estaba en seguridad con su padre en un arrabal poco distante. Amedeo, pues, no pudiendo reprimir ya su rabia, concibe y pronuncia el bárbaro juramento de vengarse.... ¿De quien? Gran Dios!!! de su padre!!!.... Sí, la sangre de un padre es la que va á es-

piar los sinsabores y penas del amor.... Este fabuloso dios ha producido muchos desastres , muchas desgracias : ¿pero la hai mayor que el parricidio? ¿el amor mismo no rompe sus flechas , no se cubre de luto cuando ve manchados sus altares por una sangre tan preciosa?

Mientras el magestuoso rio presta sus olas officiosas á la correspondencia nocturna de los dos amantes ; que ellos se juran adorarse siempre , y que el marinero , prodigamente recompensado , y en la confianza , deposita sus tiernas misivas en una de las almenas cerca del puente levadizo , el baron de Altamoungnes combina en silencio con su capellan los medios de forzar á su hijo á verificar la union li-

sonjera solo á su obstinacion y á su orgullo. «La capilla del castillo, le dice, puede servirnos perfectamente al intento: mi familia toda es fiel y adicta, y me ayudará en caso necesario con todas sus fuerzas para arrancar el sí deseado, como sello principal de la alianza; y despues el tiempo acabará de consagrar los lazos hechos bajo unos auspicios algo rigurosos.» ¿Será creible que Cristina de Mel-simberg, sin el pudor que debe á su sexo, estaba de acuerdo en estos secretos conciliábulos?.... ¡Mas á qué extravíos no conducen en una muger los celos de una rival! Cristina tenia horror hasta el solo nombre de Blanca; y la idea sola de verse arrebatada por esta peregrina

beldad el esposo que se la destinaba desde la cuna, la conducia á los mas grandes desvaríos. Todas las astucias, la violencia misma le parecia justa y acertada en tratándose de obrar contra esta odiosa concurrente; pero desgraciadamente para ella, el amor no se gana con amenazas ni tiranía: es un niño muy delicado que no gusta sino de lazos de flores, y aun estos han de ser formados por él mismo; que es preciso adularle sobre un lecho de rosas, y que huye al momento espantado si delante de él se pronuncia el nombre de señor.

Cristina se habia dedicado extraordinariamente á discurrir medios para hacer accesible el corazón de Amedeo: mas este, puesto

ya en el disparador por la violencia que se le habia hecho para arrastrarle á la capilla, y convencido de que se trataba de sorprender su religion por la fuerza, declaró altamente que en adelante le hallarian siempre armado en vista de encontrarse en un sitio peligroso á la seguridad de su vida. En esta situacion tuvo frecuentemente la idea de huir para unirse á su amante; pero temia comprometer su reputacion, tan apreciable como su honor, y recelaba incurrir en la maldicion paternal con que el Baron le habia conminado frecuentemente si persistia en eludirse de sus preceptos. Despues de sus maduras reflexiones, y de los nuevos avisos de Blanca, afectó

humanizarse con la idea de aceptar á Cristina por esposa : procuró demostrar menos esquivez y frialdad en sus conversaciones con ella, y por esta nueva estratagema engañó á su padre sobre sus verdaderas intenciones. El Baron, encantado de tan feliz mudanza, se disculpó con Amedeo de los medios violentos que habia empleado para obligarle á este enlace : cargó toda la odiosidad sobre el capellan, diciendo era quien le habia aconsejado; y para mejor disimular le despidió de su casa : solo le restaba deshacerse de la presencia de Cristina; y una fiesta que se dió en Boun sirvió de pretesto para volver á la ciudad y dejarla con su madre. «Me parece, dijo Amedeo á

su padre, que el público juzgará mejor de este enlace, si á una distancia tan larga me viese acudir á prestar mis obsequios y cuidados á mi futura esposa, y seria conveniente la visitase á menudo para que todos viesen ser verdadera nuestra inclinacion.» El Baron aprobó el pensamiento, conociendo que de este modo no se podria atribuir á violencia el enlace, y que quedaria cubierta la autoridad paternal; pero fue fascinado por estos sofismas, pues Amedeo hacia muy frecuentemente sus visitas desde el castillo á Boun, so color de ver á la novia Cristina, siendo Blanca la que disfrutaba de su cariño, y á la que veia continuamente á su presencia desde la barca que le con-



ducia á favor de una antorcha tutelar , llegando como nuevo Leandro á recoger en sus labios el precio de su constancia y de su astucia. Todos eran felices en este estado : Cristina creia en su ceguedad haber triunfado de su rival : el Baron se engreia de verse obedecido, y Blanca y Amedeo , bajo el velo de esta ficcion , se entregaban á las delicias de una pasion , cuyas consecuencias estaban bien lejos de penetrar ; mas esta felicidad no podia ser de larga duracion : el Baron fue quien la cortó , haciendo comparecer en Coblentz los regalos de la boda , y diciendo á su hijo por última vez , « que no pudiendo ya poner obstáculo cosa alguna á su resolucion , no le restaba mas que

ir á cumplimentar á Cristina en calidad de esposa: hé aqui, prosiguió, poniéndole una cantidad considerable de oro en la mano, para que compres la pedrería que debe hacer brillar sus atractivos: dejo á tu gusto la eleccion, bien persuadido de que presentadas las joyas por tu mano, tendrán aun mucho mas valor.» Amedeo tomó el oro; pero viendo lo inflexible que estaba su padre, y convencido de que ni el tiempo, ni la astucia, ni la dulzura le harian ya renunciar á sus primeros proyectos, Amedeo, el desgraciado Amedeo abriga repentinamente en su corazon la idea mas horrible que todo el infierno le podia inspirar; y no consultando mas que á su venganza y al egois-

mo de su pasión, no son diamantes lo que se propone comprar en Coblentz, no las coronas y adornos del himeneo odioso en su imaginación.... ¿Qué es, pues?.... Es un puñal!!!! Un horrible puñal que un judío le vende á un precio exorbitante por haberle adquirido en un cambalache de un famoso salteador de caminos. Sumergido frecuentemente este acero en el seno de los viajeros, este hierro que tantas veces ha servido á las atrocidades del asesino, revistiéndose esta vez de un nuevo horror, va á llegar al colmo de su infame uso siendo parricida!!!! Amedeo, armado ya de este acero criminal, parece abrigar en su seno un nido de serpientes : su vista está ya tur-

bada ; su frente ceñuda presenta la fiereza y la inquietud, y la naturaleza ha cambiado todos los prismas en sus ojos : el hermoso espectáculo del campo no es ya sino un fantasma espantoso á su vista : los objetos mas risueños toman la figura de mónstruos ; en fin, ya es un parricida en la intencion que transfugó de la virtud ; se ha identificado con todos los horrores de su crimen : de cuando en cuando se presentan en su imaginacion algunos remordimientos impotentes al través de esta funesta demencia ; pero se estrellan contra sus pasiones empedernidas , y está escrito por un decreto irrevocable , que Amedeo , el mónstruo Amedeo , hasta entonces virtuoso , debe salvar de

un golpe la inmensa barrera , que le espera , del crimen , é inmortalizar su nombre en los fastos criminales de la Alemania .

Salió á caballo de Coblentz , cerrada ya la noche , y llegó atravesando por montañas de nieve con un temporal cruel al castillo de Altamougnés : las nubes , el astro de la noche , la simple agitación de una hoja , todo le hacia estremecer y cubria su frente de un sudor frío : una horca que percibió á lo lejos parecia acusarle , y llamarle como víctima suya , y aun las aves de paso que revoloteaban al rededor , parecia igualmente que hacian resonar este grito en sus oídos : *el cadáver del parricida nos pertenece á nosotras* . En este estado de angus-

tias y de perplejidades entró nuestro héroe culpable en una casa , á la que el cielo no quería conceder ya mas que la eterna memoria del horror. Con estos preludios de crueles tormentos es como Amedeo se precipitó en su cuarto: la campana fúnebre del castillo daba en aquel momento las once , y su sonido heria su corazon y le hacia ver mil pálidas sombras y fantasmas reunidas bajo los negros estandartes de la muerte; pero todas estas amonestaciones visibles del cielo, que parecia se dirigian á contener su mano , no fueron suficientes á separarle de sus atroces designios: está unido ya al crimen como por un cable , y es preciso que sus fatales destinos se cumplan: ha sa-

cado su puñal, ha mirado la punta, la ha hallado aguda y fuerte, y la longitud de la hoja le parece tambien que debe dar un golpe infalible: calcula el mónstruo la profundidad que debe tener la herida!!!.... En este momento el Barón, su mismo padre, entra, y con un tono afectuoso y cariñoso le reconviene de haberse espuesto así de noche á atravesar un monte tan distante de la poblacion, y tan famoso en asesinatos. Amedeo tiene apenas tiempo para ocultar el puñal en su pecho, y la prontitud de su movimiento le hace recibir una pequeña herida; pero disimulando cuanto le fue posible su turbacion, improvisa una fábula bastante ingeniosa sobre el presente ya hecho

á su futura; refiere sus pretendidas espresiones de amor y de reconocimiento, y el baron de Altamougues, completamente engañado, se retira llevando la mas grata imágen del porvenir. Amedeo le condujo respetuosamente hasta su cuarto, y habiendo mandado que no se le sirviese la cena por no hallarse con apetito, se aprovechó diestramente de las idas y venidas de los criados, y cortó los cordones de las campanillas que correspondian á la cabecera de la cama del Baron. Ya verás, lector mio, por los resultados el cruel motivo que le inspiró Satanás para esta operacion. Despues, besando respetuosamente la mano á su padre, que esta vez le estrechó tiernamen-



te entre sus brazos , no se retiró hasta haber examinado cuidadosamente las mas pequeñas particularidades de la localidad del cuarto. El Baron, despues de haberse prosteronado algunos minutos á los pies de un santo Cristo que estaba en su alcoba , se acostó felicitándose de las disposiciones tan favorables de la suerte por su familia. Todo estaba en el castillo sepultado en el mas profundo sueño : el cuarto del ayuda de cámara es cierto que no estaba lejos del de su amo ; *pero es un hombre anciano y pesado que no tardará en quedarse como un leño....* Una lámpara , aunque de luz escasa y distante , puede incomodar , y Amedeo tiene ya un paño negro en la mano para echárselo encima. To-

do lo ha previsto nuestro parri-  
cida, y la virtud no tomará ya mas  
cuidados por inspirarle una buena  
accion. Teniendo costumbre el Ba-  
ron de dejar la llave á la puerta de  
su cuarto, era fácil introducirse en  
él de noche; mas guardado por la  
inmediacion de su hijo, ¿podia creer  
jamás que perderia la vida á manos  
de aquel á quien se la habia da-  
do?.... Ya era la una de la maña-  
na, y el caudaloso rio, agitado por  
los vientos precursores de una tem-  
pestad, batia con la violencia de  
sus olas los muros de las torreci-  
llas: las espesas nubes que habian  
bajado casi al nivel de las aguas,  
parecia querian cubrir con un velo  
impenetrable la mansion del parri-  
cida, y ocultar su próximo crimen

al resto de los humanos: las únicas luces que podían penetrar, no provenían sino de los relámpagos y de los rayos que con truenos horrosos vomitaba la tempestad que se había fijado sobre aquel triste edificio.... ¿Mas la naturaleza no había de mostrar su duelo á los funerales de un padre que iba á ser degollado por su propio hijo?....

En medio de este espantoso aparato de los elementos enfurecidos, Amedeo.... ( la pluma tiembla , se resiste , y mi corazón se aterra ) si, Amedeo toma su puñal en la mano , emprende el camino del cuarto del Baron , y guiado por los relámpagos que frecuentemente guían al crimen, llega.... entra, y con el rostro enmascarado.... marcha, se

lanza sobre la lámpara... la apaga, y despues... ¡cielos, dadme fuerzas!.. se arroja ferozmente sobre el Baron, sobre su padre que soñaba, y le da en el corazon un golpe parricida que el cielo indignado mira con toda su reprobacion, haciendo caer un rayo en el mismo cuarto.... El Baron, herido en muchas partes por aquel acero mortal, pronuncia balbuciente algunas palabras con una voz espirante, que son: «Amedeo! Amedeo!.... hijo mio, preserva á tu padre de los golpes de un asesino....» Revolcándose en medio de los arroyos de sangre que salian de sus heridas, el desgraciado habia tratado de tirar del cordon de la campanilla; pero la precaucion que habia tomado

Amedeo de cortarlos muy altos, le habia privado de su socorro : para asegurar su impunidad el asesino, coloca al balcon una escala de cuerdas, se lleva una cantidad considerable de oro y de alhajas para dar lugar á presumir que el atentado ha sido cometido de fuera, y arrojando su puñal en el rio con la máscara ligada á él, cree haber destruido de este modo todas las pruebas materiales de su parricidio. El ayuda de cámara acude á los gemidos que ha oido, y Amedeo, fingiendo salir de su cuarto, lleva en su semblante todas las señales del mas vivo temor sobre los dias de su padre : entran luces, y el cuerpo ensangrentado del baron de Altamougnés no prueba sino ha-

ber sido víctima del puñal de un asesino. Amedeo continuando su infame papel, finge descubrir el primero las escalas de cuerda y las arcas violentadas: el pérfido tiene la imprudencia de precipitarse en una barca, con el designio disimulado de perseguir á los asesinos; pero el mónstruo solo lo hace para lavar en el rio las manchas de sangre de que aun estan sus manos teñidas.... Continuando esta tragedia atroz, tiene aun la audacia al dia siguiente de ir á echarse á los pies del Príncipe, y suplicarle persiga con todo su poder á los asesinos de su padre, cuya sombra ensangrentada se presentaba ya en sus sueños, y le ponía sobre sus trémulos labios la primera herida que

había hecho en su corazón....

No mas reposo : ¿qué digo? la vida del parricida es la fragua, el volcan mismo del infierno colocado en el corazón de un mortal : el crimen ha descubierto ya, bajo una fisonomía espantada, inquieta y desencajada, un velo de tristeza y de horror que martiriza la memoria del inmenso porvenir.... En fin, la terrible melancolía del crimen se ha apoderado ya de Amedeo; y el amor, gimiendo bajo el oprobio, apenas puede despertar aquellos tiernos sentimientos de la pasión: en vano Blanca vuela á la horrorosa noticia de tan terrible asesinato: en vano estrecha á su amante y le conjura ponga un término á tantos sufrimientos, y viva solo para ella;

pues A medeo, atormentado sin cesar por la demencia de su crimen, enagenado y martirizado por su pensamiento, desconoce frecuentemente á su misma querida, que por tanto quererla fue causa de venir á ser su amante un parricida; y últimamente, en el esceso de su tormento está dispuesto á hacerse ya traicion á sí mismo mil veces, sucumbiendo á sus crueles remordimientos.

Se habian hecho unas exequias magníficas al Baron, y las mas rigorosas pesquisas sobre el delito por el ministerio público; pero ningun fruto habian producido: cuando Cristina de Melsimberg, enterada de las estratagemas que se habian empleado por los dos aman-



tes para engañar al Baron , sospechó la verdad , y solo ilustrada por las luces de los celos se empeñó en descubrirlo todo. Habia tomado á su servicio , para preguntarle sobre los mas pequeños detalles , á un criado mui astuto que Amedeo habia despedido , y el tal criado , que no dormia en la noche del asesinato por el miedo á la tempestad , habia visto cosas estrañas , entre las que una de ellas era haber hallado entre los efectos de su amo los cordones de las campanillas. Estos indicios eran espantosos , pero no eran aun de plena conviccion ; cuando un pescador , habiendo tendido una mañana sus redes junto á las murallas del castillo , retiró con ellas la máscara y el puñal

( 164 )

que el parricida habia arrojado al rio : este puñal era mui rico , y con el temor de que no le fuese reclamado , le ocultó cuidadosamente ; pero por un enlace de acontecimientos admirables fue á venderle á Coblenz , y se dirigió al mismo judío que se lo habia vendido á Amedeo . El infame israelita , luego que el ajuste está hecho , es perseguido despues de algun tiempo por cierto delito de usura ; son presos y registrados él y su criado , y en el desenrollo del proceso es el puñal colocado en el primer rango de las pruebas materiales , y da lugar á los interrogatorios y á las aclaraciones mas curiosas , que al fin conducen al último análisis , y hacen ascender á los jueces al asesinato del baron

(165)

de Altamougnés. Llega la voz á los oídos de Amedeo, quien se estremece al oír noticia tan horrorosa; y despues de mucho tiempo que ya no podia soportar las miradas de su querida, destrozado por los remordimientos, trató de vengar en su mismo seno á la víctima que habia inmolido su mano execrable: un sudor frio cubre repentinamente su cuerpo, cae rodando por el suelo, llama á la muerte; quiere lanzarse mas allá de la vida.... y en medio de esta agonía horrorosa confiesa, detestándose á sí mismo, que él ha sido el mónstruo que habia asesinado á su padre.... A esta terrible confesion, Blanca, que conoce haber ella sido la que ha contribuido en parte, aunque involun-

tariamente, á la ejecucion de este crimen, procura con su padre calmar los remordimientos de su amante. « Vuestro dolor, querido Amedeo, le dice, os hace prevaricar; veo que os acusais inocente para que vuestra sangre apacigüe la sangre irritada de vuestro padre. En nombre de Dios, por nuestro amor, tranquilizaos, recoged vuestra imaginacion....» Por toda respuesta Amedeo la mira con terror, y la muestra en una pantomima horrorosa que su puñal homicida fue el primero que le hirió; y que este mismo puñal, cuerpo y prueba irrefragable del delito, se hallaba ya en manos del judío que se lo habia vendido. Blanca, á pesar de estas pruebas devoradoras, se hacia aun

ilusion de ser efecto de la enagenacion en que le veia; pero el remordimiento habia ya triunfado, y toda la familia del castillo habia oido tan admirable como horrorosa confesion. Cristina de Melsimberg por su parte seguia por sus huellas la causa criminal formada contra el judío, con indicios que acreditaban ya sospechas mui vehementes; y la esperanza de imprimir una mancha indeleble en la reputacion de la rival que aborrecia, y de hacer caer sobre un patíbulo la cabeza del amante que habia despreciado su persona y su juventud, la habia hecho una verdadera Hermione; y en estas escenas sangrientas, el amor, foco mui comun de las mas terribles pasiones,

no marchaba ya sino guiado por la lóbrega luz de las teas de la envidia y de la venganza.

Con la confesion de Amedeo no podian ya los jueces tardar en obtener una plena conviccion : el parricida fue careado con el judío: el pescador declaró el sitio donde habia hallado el puñal y la máscara, y por todas partes la inexorable Themis levantaba el tablado del suplicio donde debia caer la cabeza de este feroz homicida. Los estados reunidos decretaron : que vista la enormidad del delito, se celebrase la ejecucion donde habia sido cometido ; es decir, en el castillo del Rhin, y en el mismo cuarto del baron de Altamoungnes : la sangre del mayor criminal corrió

pues en este sitio de horror, donde habia derramado tan atrozmente la de su inocente padre. Amedeo marchó á la muerte cubierto de una gasa larga con una túnica roja, sin jactancia y sin debilidad: consagró sus últimos momentos á la religion, y á Blanca su postrimer suspiro: esta sobrevivió poco tiempo á tan horrorosa catástrofe, y la opinion pública por otra parte, habiendo juzgado á Cristina de Mel-simberg como una muger peligrosa y vengativa, la puso en la precision de desterrarse ella misma de su pais con su cruel alegria. Las orillas del Rhin en estos sitios no tenian por todas partes sino la imágen del duelo y de la consternacion: un parricidio en un pueblo civilizado

es un objeto de calamidad. A tan justos motivos de desesperacion se unieron unos fenómenos terribles en el castillo : las paredes sudaron sangre , y durante la noche se oian distintamente los acentos y gemidos de una víctima que se asesina. A mas de esto , al aniversario del parricida , á la hora justa de la mañana , se cubrian las torres de sombras lúgubres : al través de la tempestad , el rayo y los relámpagos , un espectro enmascarado , envuelto en una capa larga , asomaba un brazo teñido de sangre fuera de la ventana del baron de Altamoungnes , echando en el rio un puñal ensangrentado.... Los aires y las olas bramaban como heridos de este instrumento horrible : fue abando-



(171)

nada esta mansion á los genios del remordimiento que se apoderaron de ella , y siempre que alguno era osado á entrar , una voz formidable le gritaba : « *Huye , temerario , y teme las sombras ensangrentadas del parricidio .* »

Los pueblos de las dos orillas estuvieron por mucho tiempo consternados por el imponente aspecto de todos estos prodigios , y el mismo gobierno se proponia mandar destruir un castillo de tan funesta memoria , cuando al nuevo aniversario del asesinato , en el momento en que el espectro enmascarado arrojaba su puñal al Rhin , se vió caer con estrépito horroroso un terrible rayo que precipitó á las aguas aquel maldito edificio enteramen-

(172)

te , como si la tierra quisiera despedirle de su seno , quedando en su lugar repentinamente una isla de sauces , cipreses y llorones , de cuyo seno se elevaba un magnífico mausoleo á los manes del infortunado baron de Altamougnés : fue un sitio solo de peregrinaciones , y muchos iban de muy lejos á derramar flores sobre aquel sagrado sepulcro.

FIN DEL TOMO I.

